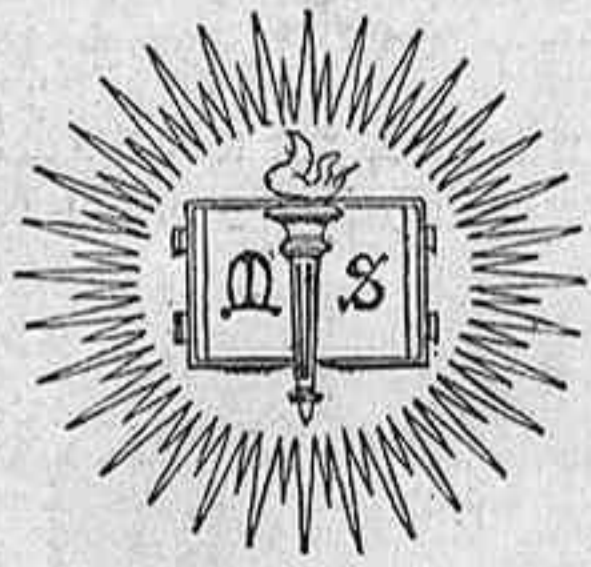


La Ilustración Artística



AÑO XVIII

← BARCELONA 14 DE AGOSTO DE 1899 →

Núm. 920

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL CAPITÁN A. DEL BORRO,

cuadro de Velázquez que se conserva en el Museo de Berlín

ADVERTENCIA

Con el próximo número de «La Ilustración Artística» repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tomo tercero de la serie correspondiente al presente año, que será el segundo y último de la obra «La vida en la América del Norte», por Pablo de Rousiers, ilustrado con profusión de grabados, reproducciones de fotografías hechas expresamente para esta obra.

SUMARIO

Texto. — De Europa, por Emilia Pardo Bazán. — Andrés Mellado, por Kasabal. — El triunfo de la virtud, por Pedro Barrantes. — Crónicas andaluzas. Posadas y mesones, por J. Gestoso y Pérez. — La herencia de un gran hombre, por Eduardo Zamacois. — Nuestros grabados. — Corazón de sacerdote, novela ilustrada (continuación). — Expedición del capitán Gerlach. Al Polo Antártico. — Los pájaros coleccionadores.

Grabados. — El capitán A. del Borro, cuadro de Velázquez. — General Ulises Heureaux, presidente de la República Dominicana, recientemente asesinado. — D. Andrés Mellado. — Una visita al hospital, cuadro de Juan Geoffroy. — Posada del Zapatillo y Mesón del Soldado, dibujos de Salvador Azpiazu. — Claustro del monasterio de San Benet de Bages, situado cerca de Manresa. — Grupo de ciclistas del Club Ciclista de Manresa. — Madre e hijo, cuadro de Rosina M. Gutti. — El pastorcito, cuadro de H. Lindenschmidt. — Procesión de rogativa en Andalucía, cuadro de Salvador Viniegra. — Procesión en Venecia, cuadro de José Villegas. — El eminente actor D. Emilio Mario. — D. Antonio Guzmán Blanco, ex presidente de la República de Venezuela. — D. Eduardo L. de la Romana, recientemente elegido presidente de la República del Perú. — El buque Bélgica en las regiones antárticas. — El capitán Leconte haciendo observaciones magnéticas. — El cabo Astrup, entrada meridional del nuevo estrecho. — Toledo. Posada en donde Cervantes escribió «La ilustre fregona.»

DE EUROPA

Entre los recientes acontecimientos que se imponen á la atención, hay uno sin trascendencia política, la muerte del tsarewitch, que sin embargo ha interesado y conmovido profundamente.

Poco enterado el público de las interioridades familiares de las casas reinantes, casi no recordaba la existencia del joven príncipe á quien estaba destinada la corona más fulgurante quizás del mundo; la corona de un inmenso imperio, donde todavía los monarcas guardan sus privilegios y un prestigio semidivino, y donde á la vez irradian los esplendores de una civilización poderosa... y ya enteramente europea. Vivía tan retirado del mundo el gran duque Jorge; con tal silencio escondía su enfermedad amenazadora y su dicha amorosa en las soledades del Cáucaso, que á decir verdad nadie se acordaba de él. La tisis, el mal de los pobres, de los que reciben nutrición insuficiente, había señalado con su garra de acero á este poderoso de la tierra, y quizás el convencimiento de que le esperaba muerte prematura contribuyó á que buscara un instante de felicidad en desigual alianza, en un consorcio morganático, que le crearía muy graves dificultades si llegase el caso de tener que ocupar el trono de Rusia. Caso, más que incierto, problemático; el hermano menor enfermo no tenía grandes probabilidades de suceder al robusto y bien constituido hermano mayor. Fué su corta vida un sueño hermosado por rayos de ventura doméstica, y fué su fin casi bello, rápido, no resultado de la lenta consunción que le minaba, sino de un accidente casual, una caída de bicicleta, que á individuo más fuerte sólo le costaría una semana de cama. Y así como en la *Iliada* se inmolaban sobre la pira del guerrero sus esclavas y sus servidores, sacrificóse encima de la fosa del tsarewitch su desgraciado ayudante, pegándose un tiro en la sien. De todas las condiciones en que el hombre puede encontrarse, quizás no haya otra tan ardua y comprometida como el inmediato servicio del monarca. La noción de la superioridad infinita, por decirlo así, de la persona real con respecto á las demás personas; esta idea que nace de una ficción, pero que actúa como si en la realidad más clara y evidente se fundase, crea deberes artificiales, terribles, de hierro, fatídicos deberes, con los cuales está siempre expuesta la vida. Desde Sancho Ortiz de las Roelas que por orden del rey mata á quien ama con fraternal cariño y el cortesano de Luis XIV que á consecuencia de una mirada severa del monarca se acuesta para no levantarse nunca, hasta el ayudante que, habiendo infringido la consigna dada por el autócrata de no separarse un punto de su amo el tsarewitch Jorge, se aplica el cañón del revólver á la frente, larga cadena de víctimas

revela la acción y la intensidad de ese extraño sentimiento romántico que se llama *lealtad de vasallo* y va pareciendo ahora fanatismo. — Por algo se ha dicho que el rey y el sol, de lejos, pues de cerca siempre han de quemar, sin advertirlo siquiera, indiferentes al daño que causan.

* *

Era un amigo nuestro, un adicto á España — pocos nos quedan ya, especialmente en la región antillana,



GENERAL ULISES HEUREAUX,
presidente de la República Dominicana, recientemente asesinado

muy pocos, — ese presidente de la República de Santo Domingo que acaba de caer bajo el plomo de un vengador. Es esa República una de las primeras colonias que perdimos, allá en el siglo XVI — el vicio de perder es viejo en nosotros. — Nos la quitaron, cuando más arrogantes andábamos, unos cuantos aventureros franceses é ingleses; y si bien pretendimos darles una lección, fueron más tenaces los bucaneros y filibusteros, y nos desposeyeron, probablemente por toda la eternidad, de la feracísima isla. Muchos jefes del Estado en Santo Domingo perecieron de muerte violenta, desde aquel famoso emperador Jacobo I que tan corto tiempo pudo disfrutar su improvisada soberanía, y aquel Enrique I que volvió contra sí mismo el cañón de su pistola, hasta el que acaba de desplomarse bañado en sangre, expiando culpas antiguas, rencores de esos que no perdonan. Y hemos sentido su muerte, porque él nos profesaba extraña simpatía, y la ley de gratitud nos obliga hoy más que nunca á reconocer el afecto que se nos profesa en el mundo.

* *

Mejor suerte logró el rey Milano de Serbia; el asesino erró el golpe. Parecerá inhumano y duro lo que voy á decir, y sin embargo es verdad: ni el atentado contra el monarca de Serbia causó indignación alguna, ni su salvación produjo alegría. Innumerables artículos de periódico, el lápiz de los caricaturistas en constante actividad, han dado á Europa la idea menos favorable y grata del rey Milano. Escribió Alfonso Daudet una novela primorosa, *Los reyes en el destierro*, y estudió los caracteres de un monarca y una soberana que forman el más perfecto contraste: ella, celosa de sus privilegios, altiva, grave, poseída de su misión, atenta á desempeñar dignamente su oficio, á defender el trono de su hijo, á recuperar el puesto entre las testas coronadas; él, sin voluntad, sin energía, sin conciencia, encenagado en los placeres de París, asiduo concurrente á los dorados bodegones donde estalla la orgía, corre el champagne y rien las pérdidas de alto coste; y para seguir esta vida de reblandecido, empeñando las pedrerías de la corona. — Pues bien: la opinión, desdénando detalles y concretando los rasgos analizadas por el novelista naturalista, encarnó en Milano y Natalia los tipos de los reyes destronados de Iliria, reconoció la superioridad moral de la hembra, y no se cansó de fustigar al calaverón maduro, al eterno *fétard*, al parroquiano de las beldades venales que despluman y arruinan. Hizo más la opinión, y arrojó más negro estigma sobre la frente de Milano. Supuso que pedía á su hijo, al jovencillo rey, dinero para disiparlo vergonzosamente. Así es que, al saberse el atentado, no

diré que nadie lo haya aplaudido, pero aseguro que la compasión que rodeó á la desdichada emperatriz de Austria no hubiese recaído sobre Milano muerto. — Y en cambio, la indignación y la extrañeza han sido grandes ante la serie de prisiones, proscripciones y rigores de toda especie que demuestran cómo Serbia, al fin y al cabo, se acuerda de haber estado bajo el dominio de Turquía, y aún la rigen las costumbres feroces del tiempo en que era su territorio *sangiaco* de la Puerta otomana.

* *

Delenda est Carthago, decían los romanos. *Es preciso que la República del Transvaal desaparezca*, exclaman los ingleses hoy, envolviendo en esta sentencia de muerte su frío y absoluto menosprecio del derecho y de la equidad. Si la cultura, el valor, las prendas todas del carácter nacional asegurasen la vida á las naciones, nadie con más derecho que los boers á conservar su dulce patria. Recuérdese su historia, y dígame si la hay más hermosa ni más limpia.

Echóse Inglaterra encima de las colonias holandesas cuando Holanda se alió con Napoleón I, y ya no quiso en 1815 soltar la presa de la para sus fines bien situada y conveniente colonia del Cabo. Pero aquellos holandeses tan pacíficos tienen en alto grado el sentimiento de la independencia, y se sublevaron; los ingleses ejercieron horribles crueldades para redimirlos (de esas crueldades que nos achacan á nosotros en Cuba), sin lograrlo: hubo muchos holandeses que prefirieron emigrar, abandonar para siempre su tierra natal, antes que vivir en ella sumisos al yugo extranjero. Y tanto hicieron y tanto se defendieron, que por fin tuvo Inglaterra que reconocer la independencia de la pequeña y animosa República del Transvaal.

Por desgracia, el suelo del Transvaal encierra filones de ese metal codiciado que los espartanos creían incompatible con la libertad y la virtud... En el Transvaal se han descubierto minas de oro; y lo que tardaron en saberlo los ingleses de largos dientes y garras aceradas, codiciosas, fué lo que tardaron en apoderarse del territorio que tales tesoros contenía...

* *

Protestaron los boers, protestó su presidente Kruger, pero Inglaterra hizo oídos de mercader, y no soltó la presa. ¡Qué había de soltarla! A buena parte iban los boers. Y ya convencidos de que no les daría sino jarabe de pico la Gran Bretaña, tomaron las armas y se aprestaron á defenderse y á rechazar el latrocinio. Y lidiaron, y vencieron, y se cubrieron de gloria cuantas veces midieron sus fuerzas con los ingleses, y les mataron generales, y tuvo Inglaterra que ceder y que pactar. Pero no conocería á aquella nación devoradora y absorbente quien creyese que no retrocedía para dar mejor el salto. Sus ojos están siempre fijos en la tierra que produce oro á toneladas, y ya nadie duda de que se apresta á renovar la tentativa de apoderarse del Transvaal definitivamente.

El pretexto... ¿Acaso faltan nunca pretextos al que está deseoso de armar quimera? Dícese que cuando uno no quiere dos no riñen, pero el dicho es inexacto. La fábula del lobo y del cordero será siempre aplicable á las relaciones entre el fuerte y el débil. Una ley electoral basta á Inglaterra para justificar con pudibundos esguinces el acto de merendarse el Transvaal, enterito. En vano los boers reclamarán el arbitraje: de eso no quieren oír hablar los injustos.

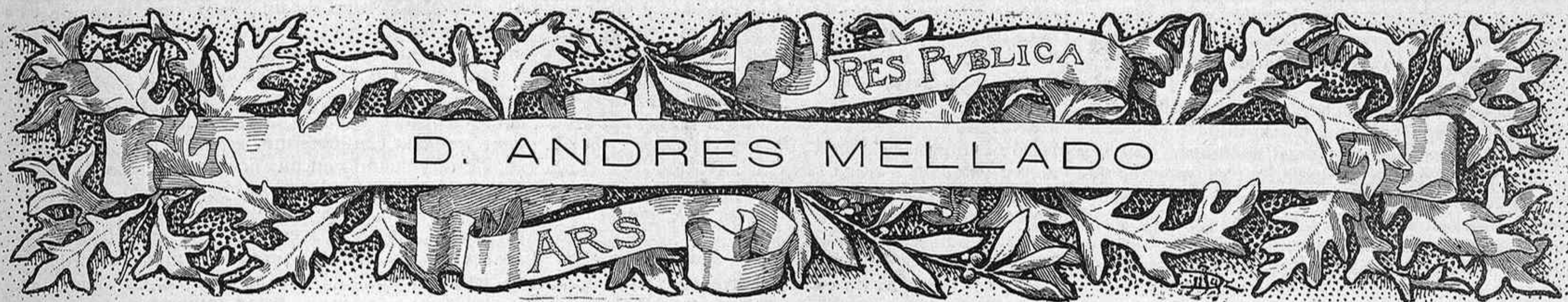
* *

Dícese que el partido liberal inglés se opone á la guerra con el Transvaal, y que protesta enérgicamente de tan descarado despojo. Falta saber qué corriente de opinión prevalecerá en el Reino Unido. También en Norte América había gente que encontraba inicu y violenta la intervención en Cuba. Impusieron no obstante los *jingo*s y ya se sabe en qué paró todo. Es probable que los boers tengan que repetir melancólicamente, como nosotros:

Vinieron los sarracenos
y nos molieron á palos,
que siempre vencen los malos,
cuando son más que los buenos...

¡La filosofía de esta redondilla explica tantas páginas de historia!

EMILIA PARDO BAZÁN



ANDRES MELLADO

El año que precedió á la Revolución de Septiembre de 1868 terminaba su carrera en la Universidad central un grupo de estudiantes que se había distinguido mucho cursando las asignaturas de las facultades de Derecho y de Filosofía y Letras, como si se hubiera dispuesto para tomar parte en los sucesos que bien pronto iban á conmovier á España.

Formaban en aquel grupo Manuel de la Revilla, al que esperaban los triunfos oratorios en el Ateneo y uno de los primeros puestos en la crítica; Sánchez de Castro, poeta vehemente y entusiasta; el marqués de Monasterio, después duque de Almenara, vate delicadísimo de pura corrección clásica; Blasco Asenjo, ya desde su mocedad sesudo y reflexivo; Carlos Martra, inteligencia superior que mereció su elevación á los más altos puestos de la diplomacia; el marqués de Cerralbo, que ya se declaraba entonces campeón entusiasta de las ideas tradicionalistas, y Andrés Mellado, adolescente, casi niño, recién llegado de Málaga, con toda la luz del Mediodía en los rasgados ojos y los más fervorosos entusiasmos por las ideas modernas en el pecho.

Era por sus años y por su figura el Benjamín de aquella reunión de jóvenes de superior inteligencia, que tanto habían de brillar en la tribuna, en el teatro y en la prensa, y la mayor parte de los cuales han muerto, después de alcanzar la notoriedad, pero antes de dar todos los frutos que de ellos podía esperarse.

Mellado tuvo la suerte, al venir á Madrid con la base de una buena educación literaria, adquirida en el seminario de Málaga, donde pasó los primeros años de su mocedad, de gozar la amistad de su pariente D. Serafín Estébanez Calderón, el famoso *Solitario*, que fué el maestro y protector del insigne Cánovas del Castillo, y en el trato de aquel hombre verdaderamente notable se fortaleció y depuró su gusto por los clásicos, gusto que ha predominado siempre en su estilo y que hace tan correctos y elegantes sus escritos.

Pero ni el parentesco ni las aficiones literarias le retuvieron al lado de su valioso pariente cuando, triunfante la Revolución de Septiembre, llamó á la juventud entusiasta é inteligente para que propagase sus ideas, y Andrés Mellado fué uno de los fundadores de *El Amigo del Pueblo*, periódico que alcanzó gran prestigio en aquella época, y redactor y director más tarde de *La Igualdad*, el diario que ha tenido más lectores en España y el que más directamente ha influido en las masas.

Allí se distinguieron los escritos de Mellado por su corrección clásica y por el espíritu gubernamental que procuraba imprimir al movimiento revolucionario; allí se adiestró en la labor periodística, en la que ha llegado á ser un maestro, y riñó campañas memorables con la reacción primero y con las exageraciones de la extrema izquierda revolucionaria después, siendo uno de los primeros que siguieron á Castelar después del 3 de enero.

Todos los que estaban en *La Igualdad* ocuparon altas posiciones en la República, de allí salieron ministros, embajadores y funcionarios de todas clases. Mellado se quedó solo con su pluma, dando pruebas de un gran desinterés que ha dominado en todos los actos de su vida.

Para ganar su vida honradamente, entró de redactor en *El Imparcial*, que sostenía valientemente los ideales de la Revolución de Septiembre frente á la Restauración triunfante, y en aquella redacción, compuesta de antiguos é ilustres periodistas, se impuso por su mérito, llegando desde el más modesto puesto al primero.

Lo que después hizo cuando se quedó solo en aquella casa y sostuvo la competencia con *El Liberal*, recién fundado, constituye uno de los éxitos periodísticos más notables de la presente época, pues

Mellado recogió *El Imparcial* de en medio de la calle, y no sólo lo conservó, sino que aumentó su prestigio, haciendo de él un órgano importantísimo de la opinión y una propiedad que rendía apreciables ganancias.

Diputado á Cortes desde que el partido liberal adoptó la legalidad de la Restauración, se ha distinguido en el Parlamento por lo concienzudamente que ha tratado las cuestiones financieras, sobre todo desde la presidencia de la comisión de Presupuestos.

El partido conservador, que cuida más que el liberal de agrupar bajo su bandera á los hombres que

no han sido recompensadas, pues ni para venir al Congreso ha necesitado el apoyo del gobierno, porque sus electores de Gaucín y de Málaga le eligen lo mismo en la oposición que en el poder.

Periodista por temperamento, nunca está mejor que cuando se halla al frente de la redacción de un periódico, en contacto continuo con la opinión, cuyos sentimientos conoce y aprecia como pocos.

Algo cansado y herido por las desgracias de la patria, se ha retirado á su casa, buscando consuelo y descanso en el cultivo de las letras, que han sido la pasión dominante de su vida. Y allí en el seno de un hogar feliz, embellecido por la hermosura y el amor, sin los apremios de la necesidad, ha evocado en páginas que serán un modelo de corrección y de belleza la Roma clásica, objeto preferente de sus estudios desde que andaba por las aulas y era uno de los discípulos predilectos de Camus, el sabio profesor de literatura griega y latina en la Universidad Central.

Pero nadie puede sustraerse á su destino, y el de Mellado es el de luchar tomando activa parte en la vida pública del país, que tanto necesita hoy del concurso de los que, como el ex alcalde de Madrid, se han distinguido siempre por su inteligencia superior y por su honradez acrisolada.

KASABAL



D. ANDRÉS MELLADO

saben, ha hecho en diversas ocasiones reiterados ofrecimientos á Mellado, que por su mérito y por sus relaciones de amistad y parentesco con el señor Cánovas del Castillo hubiera sido ministro con los conservadores, si no lo hubiera pospuesto todo á sus ideas liberales y á su lealtad para con Sagasta.

Cargos públicos no ha desempeñado más que la alcaldía de Madrid, pero lo hizo con tal acierto y prestigio, que en el Ayuntamiento ha quedado honrosa memoria de su nombre.

En su tiempo se pagaron con regularidad las deudas, se impulsaron las obras municipales, desaparecieron los chanchullos, adquirieron desusado esplendor las funciones organizadas por el Municipio, realizando muy buenos ingresos el comercio de Madrid, y tal fué su autoridad en la Casa de la Villa, que el partido conservador, al suceder en el poder al liberal, quiso que continuara en su puesto, lo cual no fué aceptado por Mellado, que siguió la suerte de sus correligionarios.

Presidiendo, como vicepresidente primero, importantes sesiones del Congreso, ha demostrado su tacto y su conocimiento de la política, y así como de muchos que son elevados á ministros se pregunta *¿Quién es ese?*, de Mellado hay que extrañar que no haya desempeñado ya una cartera, porque desempeñándola hubiera podido prestar muy importantes servicios á su país y á su partido.

Pero Mellado, algo indolente por carácter, es también muy independiente; jamás ha formado parte de camarillas, ni ha hecho la tertulia al jefe, ni se ha exhibido en los momentos del reparto. El partido liberal le debe importantes campañas periodísticas que

EL TRIUNFO DE LA VIRTUD

Mairac, el pintor más ilustre de su época, llegó á orillas del lago.

La luna comenzaba á elevarse en el horizonte. Las estrellas iban apareciendo poco á poco sobre la sábana azul del cielo, y brillaban con trémula fosforescencia sobre la superficie de las ondas.

Todo incitaba á amar en el comienzo de aquella noche clara y tibia. La arboleda ondulaba con estremecimientos voluptuosos, las flores exhalaban emanaciones penetrantes, los insectos de alas luminosas zumbaban bajo el césped...

Mairac, conmovido ante el soberbio espectáculo, dejó vagar su fantasía por la región indefinible de los sueños. Luego, levantando la noble frente, adelantó hasta tocar con el pie el agua que, rizada por la brisa, lamía la arena, y con los ojos fijos en el centro del lago, pronunció estas palabras: «¡Oh ninfa protectora de mis dulces esperanzas y mis risueñas ilusiones! ¡Bondadosa deidad que siempre guiaste mis pasos por el camino del bien y fortaleciste mi corazón con tus consejos: acude una vez más á iluminar mi mente! ¡Yo te invoco!»

Mairac calló. Una bruma opalina empezó á extenderse sobre el lago: de sus profundidades surgió un canto de armonía dulcísima, el aire se iluminó con una luz sonrosada como un amanecer sobre el valle del Carmelo, y del seno de las ondas, blanca y grácil, emergió la ninfa, la paz en los ojos, la sonrisa en la boca, sobre la espalda el haz flotante de sus cabellos rubios de los que las gotas caían como perlas.

Mairac arrodillóse y clavó su mirada en el rostro alabastrino de la ninfa.

— Levántate y di qué deseas, exclamó ésta con un acento parecido á la vibración del salterio.

Mairac se puso en pie y dijo:

— ¡Oh hada, misteriosa protectora mía! Yo espero de tus maravillosos dones una nueva gracia, que quizá será la más grande de cuantas de ti he recibido.

— Habla, repuso la aparición.

— Mi alma, continuó Mairac, desfallece de tristeza y abatimiento por no encontrar otra alma que la comprenda; la hiel a el frío de la soledad y del tedio, muere por falta de calor y de luz como una rosa de los países del sol arrojada entre la nieve de las alpinas cumbres. Amo á un ideal, y ese ideal sólo existe aquí, bajo mi frente. Le sueño puro, grande, bello, sin doblez ni falsía, animado por nobles impulsos y

capaz de los más grandes sacrificios; pero ¡desdichado de mí, no encuentro la encarnación de mi querida aunque la busco con el ciego afán del desesperado. Por eso vengo á ti, ¡oh hada! Concédeme el supremo favor que aguardo de tu poder omnívoto, haciendo que mi alma encuentre su compañera.

La ninfa, después de una pausa dijo:

— Ve á recorrer extranjeras naciones, extraños pueblos; y cuando hayas hallado tres mujeres que por tres cualidades distintas te hayan hecho sentir diversas impresiones, vuelve. Yo haré que las tres te amen, y velaré por ti impidiendo que tu corazón se interese por ninguna de ellas hasta que hayas consultado conmigo.

Sumergióse el hada, se disipó la bruma, desapareció la luz misteriosa y recobraron su habitual aspecto las orillas del lago.

* * *

Sobre él pasaron setecientas cincuenta lunas sin que el fenómeno hubiera vuelto á reproducirse.

En el comienzo de una noche clara y tibia, en que todo incitaba á amar, en que la arboleda ondulaba con estremecimientos voluptuosos, las flores exhalaban emanaciones penetrantes y los insectos de alas luminosas zumbaban bajo el césped, Mairac, conmovido, llegaba á las orillas del lago.

Adelantó hasta tocar con el pie el agua que, rizada por la brisa, lamía la arena, y con los ojos fijos en el centro del lago pronunció estas palabras: «¡Oh ninfa protectora de mis dulces esperanzas y mis risueñas ilusiones! ¡Bondadosa deidad que siempre guiaste mis pasos por el camino del bien y fortaleciste mi corazón con tus consejos: acude á mi voz! ¡Yo te invoco!

Mairac calló. Extendióse la bruma, se oyó el canto, incendióse el aire, y como la vez primera, el hada blanca y grácil emergió de las ondas.

Arrodillóse Mairac y clavó su mirada en los ojos deslumbradores de la aparición.

— Levántate, exclamó ésta con su acento parecido á la vibración del salterio. ¿Cumpliste mi mandato?

Mairac se puso en pie y dijo:

— Sí, misteriosa protectora mía, y quiera el destino que tus maravillosos dones me saquen del dédalo de sombras en que estoy.

— Habla, repuso el hada.

— Hice cuanto me ordenaste, continuó Mairac. Recorrí naciones extranjeras, extraños pueblos. Las setecientas cincuenta lunas que han iluminado estos contornos me han sorprendido visitando distintas ciudades, opuestas regiones. Mi vida durante este tiempo ha sido un viaje continuo.

Partí hacia el Norte. Austria soberbia, Inglaterra fabril, Alemania nebulosa, Dinamarca triste, Rusia helada, Suecia y Noruega estériles, pasaron ante mis ojos como sombras, sin dejar rastro en mi corazón ni en mi mente sus hermosuras yertas que ni excitan los sentidos ni conmueven el alma.

Pero llegué á los países del Mediodía, allí donde quema el sol y arde el viento. La ciudad de mi arribada fué Atenas. Allí encontré la primera mujer que me impresionó. Era hermosa, la más hermosa de cuantas he visto en el mundo. El arco de sus cejas, el brillo de sus grandes ojos, la nariz arrancando recta de la frente, la boca pequeña de labios finos y y sonrosados, las dos hileras de su dentadura, iguales y blancas, el cuello largo y ebúrneo, las formas redondas y esbeltas, alta de estatura y el continente majestuoso y reposado, me hacían compararla á las estatuas que en aquellos templos gentiles esculpió el cincel de sus inmortales artistas.

Arrebatado por la ola del vértigo, la seguí anhelante. Ella correspondió á mis miradas y me amó; pero en aquel amor encontraba yo algo que repugnaba la delicadeza de mis sentimientos, y era la llama de sus ojos, la voluptuosidad de su sonrisa y la ardiente violencia de sus palabras. Salí de Atenas, y atravesando continentes y surcando mares sin itinerario ni rumbo fijo, pasé como un relámpago por la alegre Francia, y crucé la viciosa Turquía, enervada por su sensualismo perpetuo. Después Italia se presentó ante mí, radiante de flores y de luz. En su egregia metrópoli, cuna de los césares, recibí la segunda impresión.

Aquella romana no era tan hermosa como la com-

nacimiento del cuello, y en su rostro una luz adorable, como si el rayo de un alba serena la iluminase constantemente. Su palabra era casta y pudorosa como el beso de un niño. Su corazón hermoso y profundo. Dios, sin duda, ha hecho el alma de aquella mujer con efluvios de algún astro sagrado. La vi, y como las otras, me amó también... ¡Ah! ¡No lo olvidaré nunca!.. Caí enfermo, estuve á las puertas del sepulcro, y cuando en mis noches pobladas de visiones horribles entreabría los ojos, la veía siempre á mi cabecera, con los ojos llenos de lágrimas, rezando por mí, las manos en cruz y la cara de Dolorosa... ¡Oh hada, sublime protectora mía! Tus órdenes se han cumplido. ¡Dime si el alma de alguna de

estas mujeres es la que ha de ser la compañera de mi alma!

Calló Mairac. La ninfa contemplóle en silencio con una mirada llena de dulzura. Después exclamó:

— Desde la noche de tu partida, mi espíritu ha seguido tus pasos.

He visto tu impresión ante la hermosura de la griega. Aquella no te quería más que con los sentidos; por eso había algo que te repugnaba en la lumbre de sus ojos, en la voluptuosidad de su sonrisa y en la ardiente violencia de sus frases...

Te he visto conmoverte ante la opulencia de la soberbia hija de Roma, cuyos áureos esplendores te deslumbraban. En ella no existía sino la satisfacción del amor propio, la futilidad de la mujer trivial que codicia por orgullo el nombre de un artista universalmente conocido.

Y he visto la convulsión de tu espíritu ante la otra, la sencilla, la modesta, la buena. ¡Esa es la que te quiere con el alma! ¡Esa es el alma compañera de la tuya! Ve á buscarla, que ella te espera y con ella serás feliz, ¡con ella! ¡Con esa!, con la que veías en tus noches de fiebre á la cabecera de tu lecho, los ojos llenos de lágrimas, rezando por ti, las manos en cruz y la cara de Dolorosa...

PEDRO BARRANTES

CRONICAS ANDALUZAS

POSADAS Y MESONES

Líbreme Dios de poner en tela de juicio las inmensas ventajas que hemos llegado á alcanzar en estos venturosos tiempos, frutos de la moderna civilización; pero séame lícito decir, á lo menos, que al colosal aliento del progreso, ¡cuántos gloriosos recuerdos han desaparecido! ¡Cuántas veneradas antiguallas yacen demolidas, y cuántas costumbres características y cuántos testimonios de nuestras grandezas pasadas han quedado para siempre en el olvido!

Las exigencias de los adelantos no se compadecen ciertamente con el respeto á lo pasado. Necesitamos hoy grandes vías de comunicación que faciliten el tráfico y comercio en las grandes capitales, que proporcionen la mayor comodidad al transeunte, y si para ello estorba un artístico templo, un histórico palacio ó un caserón de legendarios recuerdos, no se detiene la demoledora piqueta, antes cébase en ellos, y el templo, el palacio y la casa que parecen oponerse á las tiránicas exigencias de los intereses generales, vienen por tierra sin que á la mayoría de las gentes importe un ardite su ruina. Han desaparecido así calles enteras, y las poblaciones españolas que atesoraban preciosos restos de antiguas edades, van trocando su pintoresco é interesante aspecto por el más ó menos frío y vulgar que distingue á las construcciones modernas.

Las necesidades de hogaño están en abierta oposi-



UNA VISITA AL HOSPITAL, cuadro de Juan Geoffroy que se conserva en el Museo del Luxemburgo (París)

patriota de Temístocles, pero me cautivó por el opulento fausto de sus trenes, por la magnificencia de su alcázar suntuoso alfombrado de pieles de león, por el lujo oriental de sus joyas. Yo no había visto cosa igual en la vida, y quedé deslumbrado ante aquellos esplendores capaces de eclipsar las regias grandezas de todos los nababes. A la primera insinuación, ella correspondió á mis miradas y, como la otra, me amó también. Me recibió en sus salones y fuí su confidente más asiduo. Pero, como en el otro, encontraba en este amor algo que no me satisfacía, y era el afán inaudito de ella por presentarme á sus conocimientos, repitiendo mi nombre y ensalzando mi talento de artista, su indomable altivez y el olímpico orgullo con que divulgaba por todas partes los lazos que nos estrechaban. Abandoné Roma, partiendo con dirección á España, el espléndido país del heroísmo, las rosas y las mujeres bellas. En él recibí la tercera y última impresión.

Era una aldeana tan humilde como sencilla, tan joven como hermosa. Alta, esbelta, pálida, el negro cabello partido en dos mitades y recogido en lo alto de la cabeza, los ojos oscuros de mirada pura y tranquila, correctas las facciones, sonrisa grande impregnada de bondad, el jubón cerrado en el mismo

ción con las de antaño. Nuestras costumbres, nuestro espíritu y nuestras tendencias actuales pugnan con las de nuestros abuelos, y en esta constante lucha de renovación social, por fuerza toca perecer á lo viejo, á lo que para nada sirve, según el decir del vulgo.

Las posadas, mesones y hosterías hanse convertido en suntuosos *hoteles* y *restaurants*, y en cuanto á los ventorrillos, apenas si queda alguno que pueda atestiguar lo antiguo de su abolengo.

Magníficos edificios con salas de lectura y de juego, con lujosos comedores alumbrados por la electricidad han sustituido á aquellos caserones; damas vestidas con todas las extravagancias y riquezas de las modas contemporáneas, ó á medio vestir, por exigencia de la etiqueta, departen indolentemente entre sí ó atienden á las galanterías de los caballeros en las amplias terrazas ó magníficas *serres* cubiertas de cristales y adornadas de tropicales plantas, mientras que una orquesta, ó bien acordado cuarteto, interpreta las brillantes composiciones de Metra ó de Waldteufel, las cuales no bastan á distraer á los asiduos jugadores del bacarrat ó de la ruleta, ó á los que se entretienen con la lectura de los grandes periódicos extranjeros, entre sorbos de cerveza ó de vermuth. Confúndense los caballeros con los elegantes criados, pues en estos tiempos democráticos no parece bien que siendo todos iguales ante la ley, lo cual es mucho decir, haya diferencias en los trajes entre los que mandan y los que sirven. Aparte, pues, de las sedas, rasos y terciopelos de las damas, ricamente adornados, el conjunto que ofrece un *hotel* moderno no puede ser más monótono y ceremonioso, y buena diferencia la que puede establecerse entre ellos y los mesones y posadas de antaño. En el vasto patio reuníanse en amigable camarada el soldado y el menestral, el valentón de *espátula* y *greñesco*, el comediante y la moza de partido, los arrieros y frailes, los mercaderes y letrados, con sus pintorescos, abigarrados, lujosos y severos trajes. De una parte disputábase en un grupo de estudiantes, que mutuamente se desbalijaban jugando á los dados ó á los naipes; de otra escuchábase el romance del ciego, acompañando su enronquecida voz con el tañido de maltrecha vihuela; gritaba el huésped disponiendo el alojamiento para unas damas de equívoca condición, acompañadas de dueñas con grandes antiparras de búfalo y rodrigones procedentes de las cátedras de Zocodover de Toledo, de la Costanilla sevillana ó del Potro de Córdoba. Altercaba el mozo con unos señores de los de la hampa, de atusados mostachos y luengas capas, empeñados en que les albergase como á magnates ó caballeros. Entretanto el mozo de mulas de un oidor juraba sin miedo al

Santo Oficio porque le habían hurtado ciertas enjamas; y en medio de los ladridos de los perros, de los relinchos de los caballos y del rebuznar de los jumen-

ros, acompañando la acción á su relato, trazaba en el espacio círculos, describía elipses, curvas, rectas, verticales y molinetes, con todo género de figuras geométricas, probando la destreza y agilidad de su brazo y sus profundos conocimientos en la ciencia matemática. Tal animación, tal vida y tan peregrinos cuadros sucedíanse sin interrupción durante el día, y á veces durante la noche, si las justicias no llegaban á poner coto y á intervenir, entrando á sosegar á estudiantes y á soldados, á rufianes y á mozuelas, á músicos y á jugadores, sucediendo á veces que en lugar de conseguir de aquellas gentes que se aquietasen, aumentábase el tumulto, y apagados los candiles, haciendo del mesón campo de Agramante, llovían en la obscuridad las cuchilladas, menudeaban las puñadas y mojicones, gritaban todos, corrían unos, atropellábanse otros, y todo era escándalo y confusión, lamentos y desmayos, pependencias y sobresaltos...

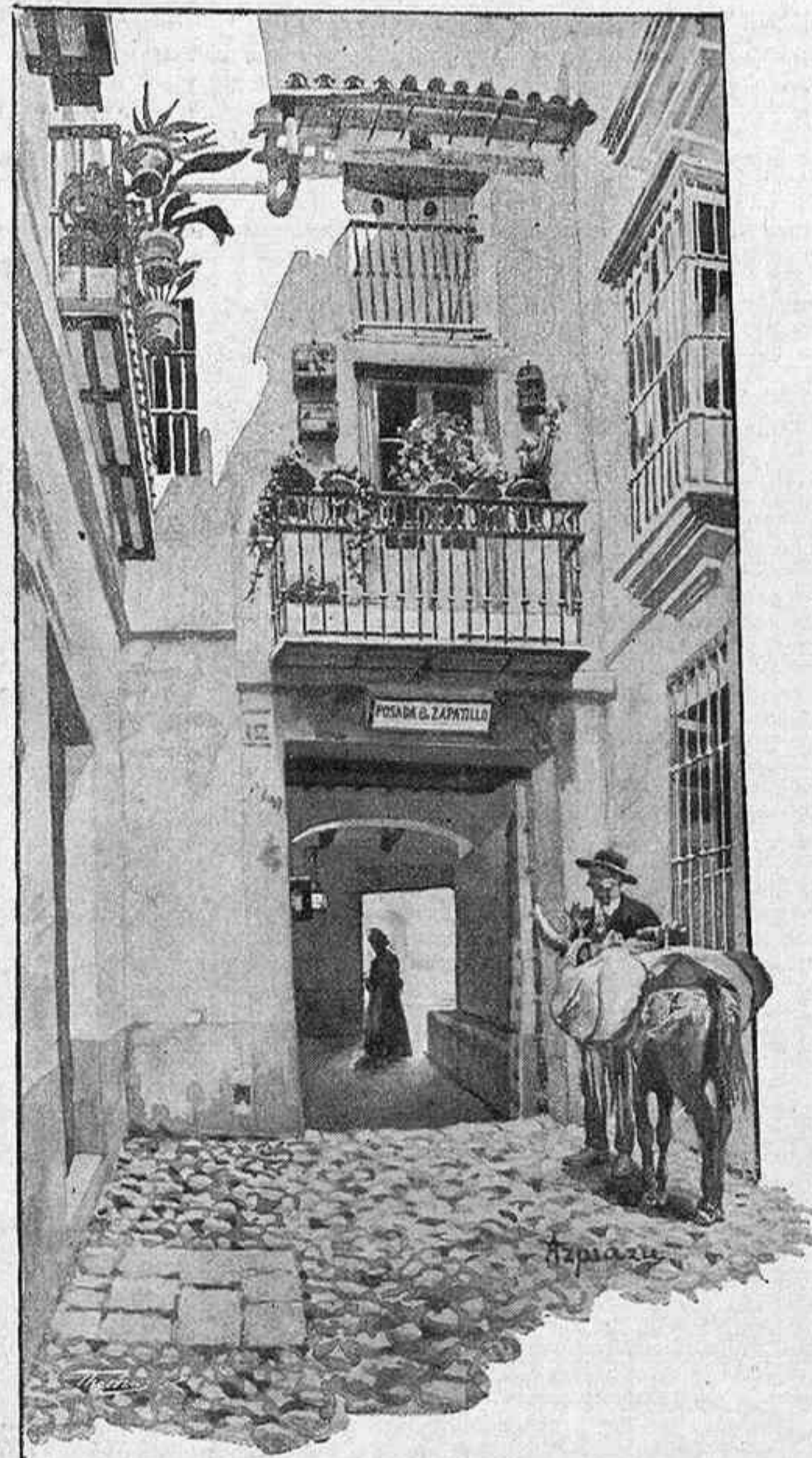
El cambio de costumbres no ha podido ser más radical, ni mayor el contraste entre lo pasado y lo presente; mas dejando á los flamantes sociólogos la resolución del problema de si habremos ganado ó perdido con tales mudanzas, sigamos adelante y hablemos de posadas y mesones.

En Sevilla van quedando pocos de los infinitos que hubo; pero aún todavía los hay de antiguo y famoso abolengo, que pasan humildemente su vida *sin envidiosos ni envidiados*, sin despertar la atención más que de cuatro curiosos ó de otros tantos artistas, los cuales hallan todavía en ellos motivos de inspiración para sus estudios y apuntes.

En esta época de relumbrones todo ha de correr parejas, y como el principal objeto es el de llamar la atención de la gente que vive de la vanidad y del fausto, hasta los títulos han de ser altisonantes y ampulosos; y así se llaman *grandes hoteles* de los príncipes, de los embajadores, de Londres, de New York y de Roma, mientras que antes se decían (aunque no lo sean) de la Castaña, del Soldado, de Jesús María, del Cristo, de la Beata ó del Zapatillo, títulos que revelan la llaneza ó la devoción de sus oscuros y humildes fundadores.

Al variar los medios de transporte de mercaderías y viajeros, han tenido que variar nuestras costumbres y arruinado el tráfico de la arriería, y sustituyendo los ferrocarriles á las mulas y acémilas empleadas en los viajes, no pueden ya los mesones ofrecer el animado aspecto de otros días, pues sólo albergan á los pocos arrieros, cosarios y gente pobre que acude á la capital desde aquellos lugares adonde no ha llegado la vía férrea.

A principios de este siglo todavía ciertos mesones prestábanse á servir de estudio á los curiosos, sobre todo aquellos que eran centro de reunión de los viajeros que iban á Madrid ó á otras capitales en los enormes carromatos que llamaban candorosamente *galeras aceleradas*. Eran las tales más que vehículos casas enteras donde al mismo tiempo que se alojaba una veintena de personas, transportábase extraordinaria carga de enseres, chirimbo-



POSADAS Y MESONES. - POSADA DEL ZAPATILLO, dibujo de Salvador Azpiazu

tos, de las coplas de las mozas del mesón, de los puñetazos de los jugadores sobre las mesas, del ruido de los platos y pichelos, distinguíase la estentórea y campanuda voz del maestro esgrimidor, que puesta cátedra de su caballerisca profesión en un ángulo del patio, al par que en altas voces explicaba el manejo de la espada á un corro de soldados y aventu-



POSADAS Y MESONES. - MESÓN DEL SOLDADO, dibujo de Salvador Azpiazu

los y mobiliario, hasta el punto de que por delante, por detrás y por los costados sobresalían los bultos de colchones, mesas, cuadros, esteras, camas y hasta el indispensable loro, encerrado en voluminosa jaula de alambre dorado, el cual con sus incesantes graznidos aumentaba las amenidades del viaje.

Aquel heterogéneo conjunto semejaba á un hinchado monstruo que por su enorme peso caminaba lenta, perezosamente, y que más bien que andar parecía arrastrarse tocando el suelo con su repleto vientre.

Los preparativos que se hacían para disponer la partida de la *galera*, con bastantes días de anticipación, eran bastante mayores que los que se hacen hoy para la de un tren ó un colosal transatlántico, y no digamos del aspecto que ofrecía la posada en los momentos precusores de la partida del enorme vehículo. Allí acudían todos los parientes y amigos de cada uno de los viajeros; el alcalde de barrio que visaba los pasaportes y papeles, los chiquillos y las mozas del barrio, y todo eran abrazos y lágrimas y consejos y encargos y entrega de cartas de recomendación, y cuando ya los escopeteros que habían de acompañar el convoy para defenderlo de los seguros ataques de los *siete niños de Erija* ó de la cuadrilla del *Pájaro verde* se impa-

guisotes y potajes, las soeces conversaciones y dicharachos, todo esto y mucho más, que es lo corriente en la vida de los mesones, se hace hoy intolerable para las gentes que viven de otra manera y tenemos que concluir por dar gracias á Dios que nos ha librado de los antiguos mesoneros y de las miserias é inquietudes *pintorescas* de las posadas de antaño.

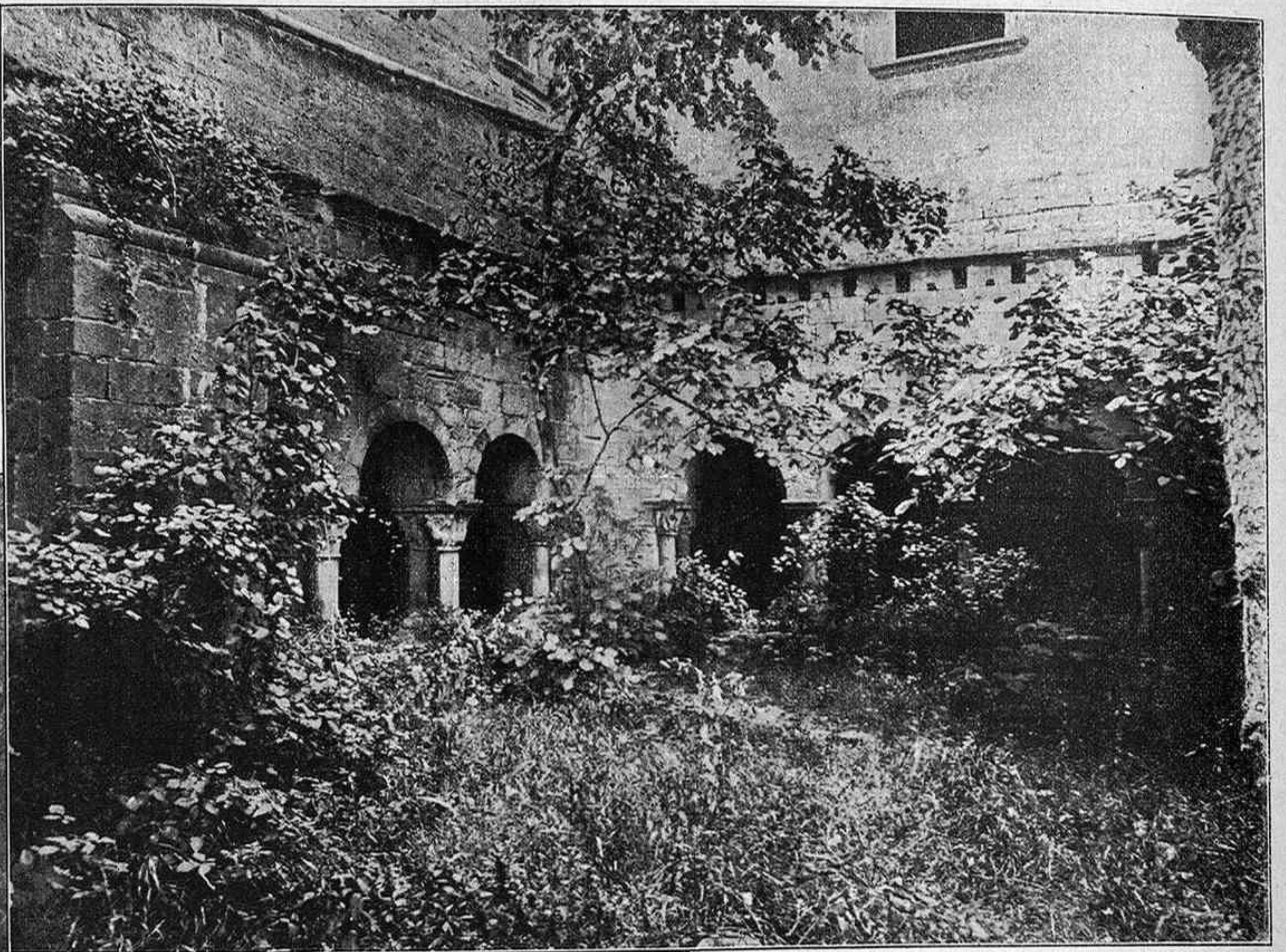
J. GESTOSO Y PÉREZ

Así vivieron hasta que Pablo publicó un artículo violentísimo contra cierto crítico que le había censurado rudamente: aquel artículo provocó otros varios, y todos un desafío en el que Pablo recibió una estocada mortal.

Luisa, de pronto, se encontró viuda y sin otro cariño que el de un hijo pequeño. La muerte de Pablo fué tan repentina y le produjo una emoción tan intensa, que ni siquiera tuvo el consuelo de llorarle; su



GRUPO DE CICLISTAS DEL CLUB CICLISTA DE MANRESA, de fotografía remitida por D. Rafael Roselló



CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE SAN BENET DE BAGES, SITUADO CERCA DE MANRESA, de fotografía de Rafael Roselló.

cientaban por la tardanza, y cuando el mayoral dábase á los diablos porque el arrapiezo del zagalillo no parecía con su petate, veíase venir á éste cargado con la indispensable bota de lo añejo, verdadero quitapesares de la larga jornada.

No vemos ya ciertamente las *galeras aceleradas*, pero aún quedan aquí los mesones del Zapatillo y de las Rocas, del Lobo y de las Animas, del Soldado y de la Imagen; á todos ellos pueden aplicarse las gráficas frases que Moratín pone en labios de Simón en *El sí de las niñas*, y que vienen de molde en este articulejo: «Ello también ha sido extraña determinación la de estarse usted dos días enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir..., y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del *Hijo Pródigo*, el ruido de campanillas y cascabeles y la conversación ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.»

No es posible decir más de un mesón en menos palabras. Allí están los mugrientos cuartos con el desvencijado y fermentado lecho, allí la mesilla con su pata quebrada sujeta con guitas, allí las sillas con sus eneas desbaratadas. Algún espantable lienzo con la huída á Egipto ó con la Caridad romana adorna las paredes, mientras que en los corredores lucen las abominables litografías de la historia de Matilde y Malek Adel, de Genoveva de Bravante, de Pablo y Virginia, de doña Inés de Castro ó del desdichado Mazeppa. El olor del estiércol y de las caballerías, el ir y venir de las bestias al abrevadero, el olor de los

LA HERENCIA DE UN GRAN HOMBRE

Ella le amaba mucho, locamente, con ese cariño sumiso, idolátrico, que las mujeres sencillas profesan á los hombres de genio.

El matrimonio fué para Luisa una negación de sí misma; Pablo la empequeñecía y eclipsaba, como el sol obscurece el brillo de los planetas que de él reciben luz y calor: todos los que visitaban su casa preguntaban por él...; de ella nadie se acordaba: ella sólo era la mujer del gran hombre; una cifra sin valor, una compañera fiel que, después de introducir á los visitantes en el despacho de su marido, se retiraba discretamente cerrando la puerta. Y sin embargo, aquella negación, aquel olvido, constituía uno de sus mayores orgullos, pareciéndola que su infinitesimal pequeñez era lo que mejor daba la cabal medida de la pasmosa altitud y endiosamiento de su esposo.

Tan idolátrico fué aquel amor, que Luisa nunca sintió las molestias de su pobreza; pues conviene advertir que su marido era muy pobre, con una pobreza tan supina, tan solemne, como su mismo genio. Pablo tenía humorismos de loco: á veces el dinero que guardaba para los gastos más indispensables, lo invertía en comprar un cuadro ó cualquier baratija artística, pero inútil; y otras regalaba á su mujer un traje de seda, sin acordarse de que no tenía zapatos. Mas á pesar de estos desequilibrios que solían ponerles en extremados aprietos, Luisa era feliz, con esa felicidad rotunda de los espíritus cándidos.

pena no le arrancó ni un solo grito y sus lágrimas corrieron por dentro mientras sus ojos permanecían tristes y enjutos: fué un dolor mudo, como el de los pajarillos á quienes el vendabal dejó sin nido en la época mejor de sus amores.

Al principio se vió lanzada en una existencia febril que no daba espacio á la reflexión: en pocos días recibió centenares de telegramas que había de contestar inmediatamente, y hallóse solicitada y perseguida por individuos que acudían á darle el pésame, y por periodistas que deseaban publicar el retrato y la biografía del ilustre finado: los cómicos le hablaban del último drama que estaban ensayando; los editores de la última novela: todos querían algo, todos pedían algo..., y Luisa les veía pasar, creyendo

que aquella grave y ceremoniosa procesión de sombras enlutadas no concluiría nunca...

Esta solicitud, no obstante, fué disminuyendo; la casa del gran artista iba quedando envuelta en ese silencio tétrico de las cosas olvidadas, y al fin Luisa se encontró sola en un hogar pobrísimo cuya frialdad y desnudez no había reparado hasta entonces.

En aquel estado permaneció varios meses: por la mañana le enseñaba á leer á su hijo en una novela de su padre, y leyendo aquellas páginas que ella vió escribir, lloraba copiosamente; por las tardes permanecía brazo sobre brazo, no sabiendo cómo emplearse ni qué hacer para conjurar la miseria.

Ella había vivido tan ajena á toda suerte de negocios, y Pablo dejó sus asuntos tan embrollados, que la joven no pudo cobrar nada de los libros ni de los dramas de su marido: los editores decían que ninguna de aquellas obras estaba registrada, y un abogado que se ofreció á poner en claro todo aquel laberinto, empezó exigiéndole algunos centenares de pesetas para sufragio de los primeros gastos.

Luisa, acobardada, renunció á todo y vendió algunos manuscritos de Pablo para seguir viviendo; y entre tanto el prestigio del gran hombre muerto menguaba mucho más de lo que Luisa creía.

Mas llegó un momento en que la viuda, vendidos todos sus muebles y empeñadas todas sus alhajas, se halló en una situación precaria. En la cajita en donde guardaba sus secretillos de esposa feliz, conservaba todavía un artículo de Pablo, ¡el último artículo! Luisa dudó mucho antes de resolverse á vender

aquel manojito de queridas cuartillas: era un cuento muy bonito, muy tierno, que había leído muchas veces. Pero era preciso decidirse y se decidió, constreñida por aquel apremio brutal de la necesidad.

Aquella misma noche, vestida con un modesto trajecillo de luto y llevando á su hijo de la mano, la viuda se encaminó á la redacción del periódico que su marido dirigió algunos años, y durante el trayecto pensaba en aquellas cuartillas que oprimía nerviosamente contra su seno dolorido, dándolas un adiós, apasionado y mudo. Cuando subía las escaleras de la redacción, un ordenanza le salió al encuentro.

- ¿El señor director?, preguntó Luisa.
- Está ocupado.
- Dígale que la viuda de D. Pablo de Tal... desea verle.

El ordenanza se fué y luego reapareció murmurando:
- Pase usted.

Luisa entró en un despacho decorado con elegante sobriedad: la sillería era de cuero, el piso estaba alfombrado y los huecos de las ventanas disimulados por densos cortinajes de color obscuro. Delante de una mesa había un individuo que escribía febrilmente, con el pálido semblante envuelto en la penumbra melancólica de un quinqué con pantalla verde. Al ver á Luisa aquel caballero se levantó con afectada solícitud y le ofreció una silla. Después hablaron un poco del ilustre muerto, á Luisa se le aguaron los ojos y su interlocutor también pareció muy conmovido: luego la invitó á que explicase el objeto de su visita.

- Le traigo á usted un artículo.
- ¿Un artículo?
- Sí, señor; de Pablo...
- ¿Para qué?..

Luisa se detuvo sofocada por la emoción, dolorosamente sorprendida por la pregunta del que fué antiguo compañero de su marido.



MADRE É HIJO, cuadro de Rosina M. Gutti

- Por si lo quiere usted, repuso tras una breve pausa; no puedo cobrar nada de lo que empresarios y editores me deben y ahora tengo compromisos...

Sus mejillas echaban fuego, no podía hablar.

- ¡Oh!.. Comprendo; pero, ahora, un artículo de Pablo no tiene oportunidad... ¡Si hubiera sido cuando él murió!..

Luisa rompió á llorar.

- Tiene usted razón, murmuró; pero este es su último artículo, el último... y yo no quería venderlo.

- Vaya, no se aflija usted, aquello pasó... Siento que el periódico no pueda pagar lo mucho que valdrán estas cuartillas; pero en fin, ¿cuánto quiere usted?

Lo que ella deseaba era concluir pronto y escapar de allí: el precio ya no le importaba.

- ¿Pondremos cuarenta pesetas?..

- Bien, bien...

Aquello era un suplicio inacabable; una especie de limosna que le ofrecían bajo recibo... Después, mientras salía de la redacción escuchando el argentino tintineo de las monedas que llevaba en el bolsillo, pensaba en la bancarrota suprema de todas las ilusiones de su vida. ¿Qué quedaba de aquellos ruidosos triunfos de Pablo que ella consideró como suyos?.. De tantos aplausos, de tantas brillantes polémicas, de tantos ensueños ambiciosos, ¿qué quedó?.. Sus amigos le habían olvidado, sus discípulos ya no le respetaban: era un maestro enterrado, un ídolo caído...

- ¿Dónde fué aquel mundo de doradas quimeras?, pensaba Luisa; ¿qué resta de todo aquel glorioso poderío que me deslumbró?..

Y las monedas recién cobradas, tintineando en su faltriquera, parecían responder:

- Cuarenta pesetas; la herencia de un gran hombre.

EDUARDO ZAMACOIS.



El pastorcito, cuadro de H. Lindenschmidt

ARTISTICO, LIT
MAD
BIBLIOT



PROCESIÓN DE ROGATIVA EN ANDALUCÍA, cuadro de Salvador Viniegra



PROCESIÓN EN VENEZIA, cuadro de José Villegas



NUESTROS GRABADOS

Emilio Mario.—Acaba de fallecer en Madrid el eminente actor Emilio Mario, una de las glorias más grandes y más legítimas de la escena española contemporánea. Como en el número 845 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos su



El eminente actor D. EMILIO MARIO, fallecido en Madrid el día 9 de los corrientes (de fotografía de Lockner)

semblanza, á ella nos remitimos para cuanto á su personalidad artística se refiere, limitándonos hoy á consignar algunos datos biográficos. Mario López Chaves, que así se llamaba el que después conquistó tantos aplausos con el nombre de Emilio Mario, nació en Granada en 1838, pero á la edad de dos años le llevaron sus padres á Madrid, en donde estudió el bachillerato y la carrera de notario. Quiso su padre destinarlo á la milicia, pero sus aficiones al teatro hicieronle ingresar en 1854 en el Conservatorio, dándose ya entonces á conocer como excelente actor aficionado y siendo contratado en 1856 en el teatro Español. Protegido por Fernando Ossorio, que le profesaba gran cariño, hizo grandes progresos en su carrera, pudiendo al poco tiempo, y después de haber trabajado con Julián Romea, ocupar un primer puesto en el teatro de Variedades. Hizo luego dos viajes á Cuba, con Teodora Lamadrid y Joaquín Arjona primero, y con D. José Valero después, y de regreso á España volvió á trabajar en el teatro Español, hasta que en 1875 tomó en arriendo el teatro de la Comedia, figurando por vez primera como director de una notabilísima compañía é inaugurando una serie de brillantes campañas, durante las cuales desfilaron por aquel elegante coliseo la mayor parte de actores y actrices que como la Tubau, la Mendoza Tenorio, la Guerrero, la Lamadrid, Sánchez de León, García Ortega, Thuillier, Rosell, Julián Romea y tantos otros han ocupado los más eminentes lugares en nuestra escena. Ultimamente figuraba como director en la compañía del teatro Español de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Como actor fué Mario el artista concienzudo que, esclavo de la naturalidad, huía de todo efectismo y sacrificaba en más de una ocasión la seguridad de un aplauso en aras de su amor á la verdad; como director de escena ha hecho escuela, y hoy todos los que por el esplendor del arte se interesan no hacen más que seguir el camino que él les trazara; como maestro, la lista de los que á su lado se hicieron verdaderas notabilidades constituye su mejor elogio.

Ahora se disponía á venir á Barcelona para preparar las representaciones de *Cyrano de Bergerac*, que á su regreso de América han de poner en escena la Guerrero y Díaz de Mendoza, y se decía que acariciaba el proyecto de ponerse luego al frente de una compañía catalana para representar en nuestra capital el repertorio regional dramático.

Su muerte, acaecida repentinamente en la madrugada del día 9, deja en el teatro español un vacío que será muy difícil de llenar, pues no es cosa fácil encontrar quien á un talento privilegiado como el suyo reuna el amor apasionado que él sentía por el arte escénico, que fué siempre para él un verdadero culto.

El capitán A. del Borro, cuadro de Velázquez.—Esta obra del inmortal maestro es muy poco conocida en España por la circunstancia de hallarse en un museo extranjero y haber sido poco reproducida. Mas no por estar menos popularizada que la mayoría de las de Velázquez es menos digna de admiración, ya que en ella se manifiestan en todo su vigor las excepcionales cualidades que en sus pinturas supo imprimir el autor de *Las Meninas*, de *La rendición de Breda*, del *Cristo en la cruz*, y de las

maravillosas efigies de Felipe IV, del conde duque de Olivares y de tantos otros personajes inmortalizados por su incomparable pincel. El retrato del capitán A. del Borro constituye una de las más preciadas joyas del Museo de Berlín.

Una visita al hospital, cuadro de Juan Geoffroy.—En el número 903 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un estudio crítico-biográfico del notable pintor francés Geoffroy, el artista psicólogo que como nadie ha observado á los humildes, indigentes y miserables, y pintado las escenas infantiles en que son actores los niños menesterosos. Nada hemos de añadir á lo que entonces dijimos, pues en aquel artículo quedó perfectamente retratada la personalidad moral y artística del autor de *Una visita al hospital*, obra á la que en dicho artículo se hace también referencia.

Claustro del monasterio de San Benet de Bages. — Grupo de ciclistas del Club Ciclista de Manresa.—A la amabilidad del Sr. D. Rafael Roselló, comandante de Infantería de Reserva de El Bruch, n.º 95, debemos las dos bellísimas fotografías que reproduce nuestro grabado de la página 526. Una de ellas representa el claustro del histórico monasterio de San Benet de Bages, situado á orillas del Llobregat, entre los pueblos de San Fructuoso y Navarces, y fundado á mediados del siglo X por Ricardis y Salla. Hablando de este claustro dice el Sr. Pi y Margall: «Es pequeño, grave, de bajas y recias bóvedas, de muros en cuyo espesor hay una serie de nichos que cobijan tumbas adornadas de escudos de armas y cubiertas por losas triangulares de un corte severo. Lleva seis arcos semicirculares en cada uno de sus cuatro lados, mas sólo en los capiteles de las columnas pareadas que las sostienen presentan variedad y riqueza de detalles. Tiene más de panteón que de claustro: el viajero no recorre sino con respeto y hasta con temor sus calles, en que oye resonar distintamente cada una de sus pisadas.» La otra fotografía representa un grupo de ciclistas manresanos en uno de los pintorescos sitios que tanto abundan en los alrededores del antes citado río.

Madre é hijo, cuadro de Rosina Mantovani Gutti.—Este cuadro, recientemente expuesto en Londres, ha llamado la atención del público y de la crítica de aquella capital, que han dedicado grandes elogios á la pintora italiana por la corrección del dibujo, por la finura de ejecución y por el sentimiento que en esta obra se admiran. La señora Mantovani Gutti escoge siempre para modelos las mujeres y los niños de excepcional belleza, gracias á lo cual y á su talento artístico, sus cuadros, la mayor parte de ellos pintados al pastel, tienen irresistible encanto.

D. Eduardo L. de la Romaña.—La elección del señor Romaña para la presidencia de la República del Perú significa el triunfo de los dos grandes partidos Civil y Demócrata que se unieron para presentar su candidatura. D. Eduardo L. de la Romaña es una de las personalidades más ilustres y más respetadas de su país; descende de las antiguas familias nobles españolas del tiempo de la colonización, es ingeniero,



D. EDUARDO L. DE LA ROMAÑA, recientemente elegido presidente de la República del Perú (de fotografía facilitada por D. Juan Boix)

ocupa una posición brillante y en política es independiente. Hizo sus primeros estudios en Madrid, y por esta circunstancia y por el origen de su familia, profesa gran cariño á Espa-

ña. Su elección á la suprema magistratura ha sido acogida con gran entusiasmo por todo el pueblo en general y especialmente por los elementos del orden, que ven en la persona del señor Romaña la más segura garantía de que el Perú, bajo su gobierno, continuará avanzando por el camino felizmente emprendido de la paz y del progreso.

D. Antonio Guzmán Blanco.—Ha fallecido recientemente en París el ex presidente de la República de Venezuela, el general Guzmán Blanco, que tanta y tan decisiva influencia ha ejercido en la historia de su patria. Nacido en Caracas en 29 de febrero de 1829, cursó con notable aprovechamiento la carrera de Jurisprudencia, terminada la cual trasladóse á los Estados Unidos, en donde fué cónsul de Venezuela en Filadelfia y en Nueva York. Entró después en la carrera diplomática con el carácter de secretario de la Legación venezolana en Washington. Cuando estalló en Venezuela la revolución de 1858 contra la llamada dinastía Monagas, Guzmán Blanco figuró en el ejército revolucionario, y aunque entró en él como auditor de guerra, su valor le hizo tomar parte en todos los combates, batiéndose con tal bizarría que sus jefes se empeñaron en que se incorporara al ejército activo, dándole desde luego el grado de comandante. Triunfante la revolución en 1863, fué nombrado primer vicepresidente, y al estallar la primera revolución contra el mariscal Falcón, general en jefe del ejército pacificador. Vencedora la revolución de 1868, organizó Guzmán Blanco la contrarrevolución de 1870, y después de terrible



D. ANTONIO GUZMÁN BLANCO, ex presidente de la República de Venezuela, recientemente fallecido en París

lucha entró triunfante en Caracas, siendo nombrado presidente provisional. Desde entonces hasta 1888 fué elevado otras cuatro veces á la presidencia de la República, en 1873, 1880, 1882 y 1886, debiéndose á su administración el restablecimiento de la paz y de la prosperidad de Venezuela. En 1888 retiróse á la vida privada, estableciéndose en París, en donde ha muerto, dejando una inmensa fortuna y ocho hijos, cinco varones y tres hembras, casadas dos de éstas, una con el duque de Morny y otra con el marqués de Noe.

El pastorcito, cuadro de H. Lindenschmidt.—El notable pintor alemán Lindenschmidt demuestra con este cuadro que sabe sentir hondamente las bellezas de la naturaleza y trasladarlas al lienzo con toda su poética grandiosidad. Todo en esta obra revela el talento de un gran artista.

Procesión de rogativa en Andalucía, cuadro de Salvador Viniegra.—Las costumbres andaluzas tienen un carácter tan eminentemente pintoresco, que todos los artistas, así propios como extranjeros, deléitanse en su estudio y buscan en ellas inspiración para sus obras. Y cuando el pintor es hijo de aquella tierra, cuando sus ojos contemplaron desde la infancia aquellas escenas llenas de luz y de color y su inteligencia y su corazón se empaparon en el modo de ser de aquel pueblo, necesariamente ha de sentirse atraído por estos espectáculos y forzosamente al reproducirlos con el pincel ha de crear verdaderas maravillas. Tal sucede con nuestro ilustre compatriota D. Salvador Viniegra: su residencia en Italia no le ha hecho olvidar los recuerdos de sus primeros años; antes al contrario, sus obras más celebradas se inspiran en cuadros de costumbres de la tierra que le vio nacer. La *Procesión de rogativa en Andalucía* es buena prueba de ello, puesto que bajo todos conceptos es digna del autor de *La bendición del campo* y acredita una vez más la maestría del celebrado artista.

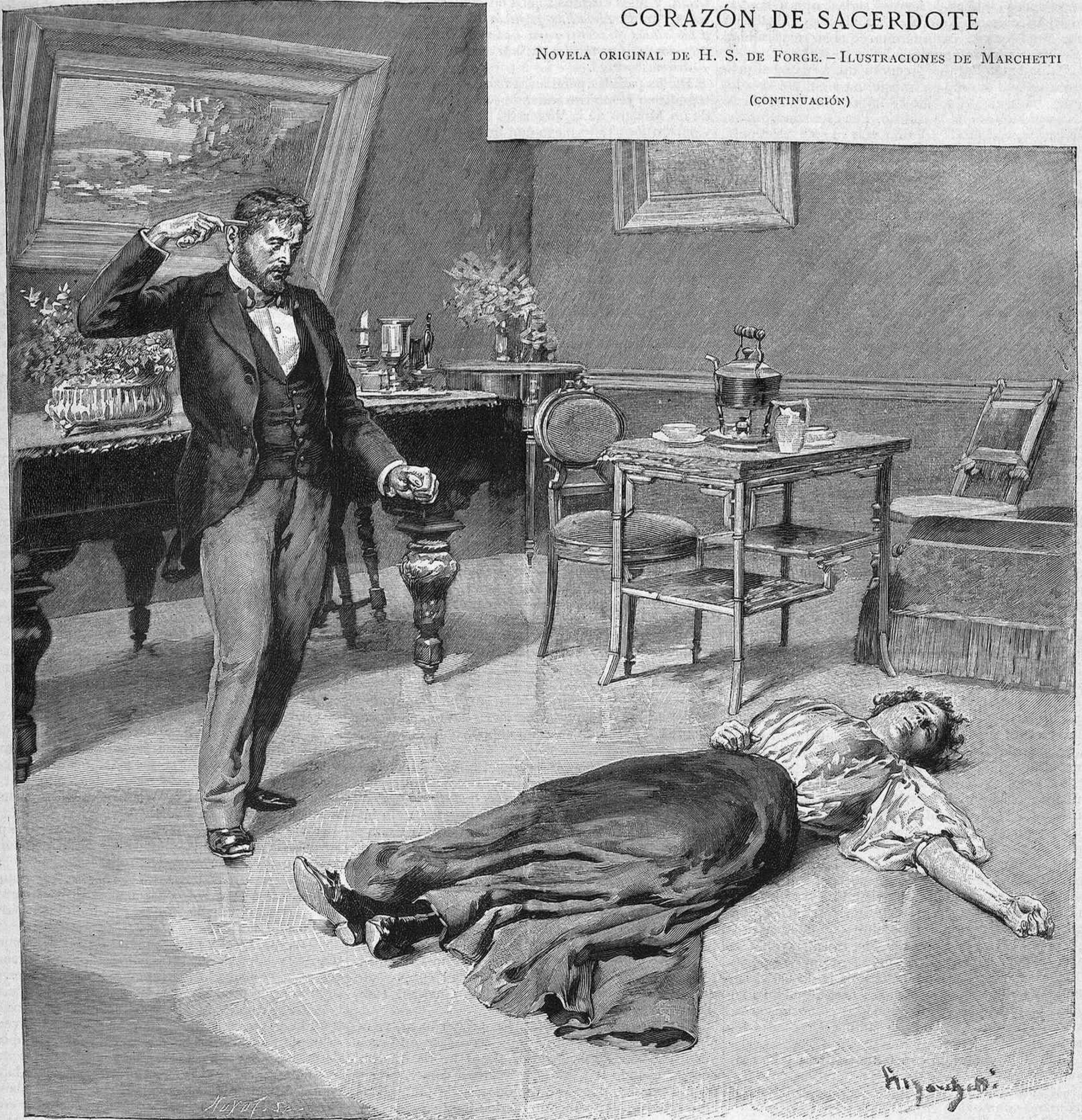
Procesión en Venecia, cuadro de J. Villegas.—El ilustre pintor español Sr. Villegas ha buscado asuntos para sus cuadros en la poética ciudad de las lagunas, compartiendo sus aficiones artísticas entre sus recuerdos de España y los lugares y escenas que la hermosa península italiana ofrece á sus ojos. En el cuadro suyo que hoy reproducimos aparecen en admirable consorcio las relevantes cualidades en él características de paisajista y pintor de arquitectura por un lado y de pintor de figura por otro, cualidades que sin gran esfuerzo se echan de ver en el modo como ha sabido reproducir los típicos edificios y el ambiente especial de la sin par Venecia y en la corrección con que ha pintado los sacerdotes que forman en la procesión, logrando gracias á todo esto componer un conjunto digno de su universal renombre.

Toledo. — Posada en donde Cervantes escribió «La ilustre fregona».—A título de curiosidad reproducimos esta fotografía que por la circunstancia de representar el sitio en donde Cervantes escribió una de sus más bellas novelas ejemplares, tiene verdadero interés histórico para nuestra literatura. La posada conserva todo su carácter antiguo, y si se trocaran las figuras que en ella sorprendió la fotografía por personajes vestidos á la usanza del tiempo del autor del *Quijote*, la ilusión sería completa y nos creeríamos transportados á aquella época.

CORAZÓN DE SACERDOTE

NOVELA ORIGINAL DE H. S. DE FORGE. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



Charlier, con los ojos desmesuradamente abiertos, se aplicó el revólver á la sien...

En lo sucesivo, y sin necesidad de instrucciones, Francisca entreabría un poco antes de las cuatro el portal, para evitar el aldabonazo estrepitoso é indiscreto. Cuando Saviniano entraba, su primera mirada era para buscar á Pablo, no como un obstáculo temido, sino como un apoyo deseado que le aseguraba contra sí mismo y mantenía su ternura en esa serena tranquilidad que constituía su delicioso encanto.

La buena Francisca quería mucho á Saviniano. Hasta entonces no había conocido más que dos cariños: Marta, de la que no se había separado desde su nacimiento, y Pablo, que era como su segundo hijo de leche. Compañera de los buenos y de los malos tiempos, era una amiga, no una criada, cuya existencia se resumía en la de su «hija» y su «pequeño.» Saviniano se apoderó del todo de aquel buen corazón. Francisca comprendió desde luego que amaba á Marta, por lo cual le bendijo, viendo en él al salvador que devolvía la vida á aquella casa muerta, la lozanía á las mejillas pálidas de su hija, la alegría á su pequeño que desmedraba en una triste infancia.

Fuerza era soportar cada mañana las riñas y las burlas de Charlier y por la noche sus brutalidades de alcohólico; pero ahora la energía para aguantarlas era mayor.

Velaba sobre aquellos amores puros como un cerbero fiel, contentísima en su legítimo odio á Charlier, de aquella venganza tomada contra el verdugo, y pareciéndole, en su naturaleza primitiva, que Marta no se vengaba bastante.

Marta, defendida por la presencia de Pablo contra sus propios desfallecimientos, se dejaba llevar sin resistencia al desbordamiento de ternura acumulada en su corazón, sin que su misma honradez pudiera asustarse por ello. De alguna más edad que Saviniano, madurada sobre todo por los sinsabores, parecía que su amor tenía algo de maternal y á veces confundía en su imaginación los nombres de Saviniano y de Pablo como los de dos hijos queridos por igual.

Marta y Saviniano jamás pronunciaron una palabra de amor; ¿para qué? Cuando se reunían y se separaban, sus miradas, uniéndose como sus manos, se repetían la misma confesión y el mismo juramento.

Tampoco buscaban nunca la soledad. Ninguno de ellos se habría atrevido á alejar de su lado á aquel niño, tan ingenua, tan francamente satisfecho de su ventura. Al contrario, formaba entre ambos algo así como un lazo gratisimo y como una salvaguardia contra el riesgo de un desliz.

Para Pablo había comenzado una vida nueva con la llegada de Saviniano. Al sentimiento de gratitud que experimentaba hacia el que hacía sonreír á su madre, se unió en breve un cariño personal profundo.

Todo le gustaba en su nuevo amigo: la figura, los modales, el lenguaje de Saviniano correspondían á sus instintos aristocráticos y le consolaban del espectáculo contrario que le ofrecían de continuo los amigos de su padre. En lugar de ser recibido con frases irónicas estúpidas ó brutales, Pablo encontraba siempre en Saviniano una acogida agradable, simpática y delicada. Entonces abría su corazón; las ideas graciosas, sencillas y elevadas, encerradas hasta entonces en un mutismo intimidado, acudían á sus labios y se difundían en palabras ingenuas, siempre escuchadas y estimuladas.

Su talento natural se desarrollaba en aquellas conversaciones cotidianas á veces serias, nunca severas ni áridas, siempre amenas, y su alma se dilataba en una atmósfera de casta ternura que su sensibilidad adivinaba sin comprenderla.

Pablo había llegado precisamente á esa edad peligrosa en que el niño se transforma y en que su adolescencia naciente recibe la impresión indeleble de las impresiones que la rodean. Por este concepto Saviniano salvó quizás á Pablo con su sola presencia, del mismo modo que Pablo, con una sola palabra, le había salvado de las consecuencias de sus perversos proyectos.

Una tarde Francisca entró con el te en el momento en que se pronunciaba incidentalmente el nombre de Mad. Descordes.

— ¡Valiente bruja!, exclamó la nodriza, que siempre se expresaba con franqueza y claridad.

— ¡Francisca!, exclamó Marta procurando dar una expresión severa á su rostro.

— Dígame usted lo que quiera, señora; pero no me impedirá que afirme que esa beata es la plaga del país y que no piensa sino en desgarrar á los demás á picotazos cuando no hace cosa peor. ¿No sabe usted, Sr. Saviniano, que el otro día se me acercó en la calle para preguntarme si había usted venido á casa? ¡Cómo me he guaseado con ella!.. ¡Busca, busca, hijita!.. Si cuentas con la vieja Francisca para guiarte, te has llevado gran chasco... Pero esto no impide que haya que tener la vista fija en esa víbora y en sus vibreznos...

Y al marcharse añadió cómicamente:

— ¡Señor, Señor! Si has de llevarla al cielo con sus dos imbéciles hijas, llévame á mí al infierno... Allí estaré mejor que en su compañía.

Este incidente hizo que la conversación versara sobre religión. Pablo reprochaba á veces á Saviniano que fuera, si no hostil, por lo menos indiferente en materias religiosas.

— Pues precisamente los ejemplos como los que nos da Mad. Descordes son los que entibian la religión de muchas personas, contestó el subprefecto. Cuando se ve esas gentes á quienes se tiene por santas, dueñas de la Iglesia y también de la opinión, llenando el mundo con sus supuestas virtudes, ó queda uno deslumbrado, como les sucede á ciertas almas candidas, ó se desvía si ve claro, y entonces dice como Francisca: «No quiero ir al cielo si he de encontrarme allí con ellas.»

— Sí, replicó Pablo levantándose, con la mirada brillante y la voz animada. Tiene usted razón por lo que toca á Mad. Descordes. Pero hay dos religiones, ó mejor dicho, la que profesa esa señora no es religión. Es una especie de idolatría en que las gazmoñerías sustituyen á las plegarias que brotan del corazón, en que el amor propio se sobrepone al amor á los demás, en que se mide la virtud de las personas por el número de sus genuflexiones públicas y los actos de caridad por el renombre que pueden proporcionar... Pero hay otra religión, sencilla, verdadera, la religión de Jesucristo que se resume en pocas palabras: amar y ser bueno. Esta es la de usted sin que lo eche de ver, y en realidad usted, que ama en silencio á unos pobres abandonados como nosotros, es más religioso que toda la familia Descordes reunida.

Marta miró á su hijo con tanta sorpresa como satisfacción.

— ¿Sabes que harías un excelente predicador?, dijo Saviniano conmovido en realidad.

— ¿Quién sabe?, contestó Pablo con voz grave y pensativo.

IX

Diosdada y Angélica acababan de ensayar en el salón de su casa un cántico nuevo que debían cantar el domingo próximo en la reunión de la cofradía de las Hijas de Santa Úrsula.

Su padre, arrellanado en un sillón, leía con enterrecimiento la *Vida y hechos religiosos de la bienaventurada Virginia Escuyer*, obra interesante que aquella misma mañana le había prestado el buen padre Chavassieux.

Aquel salón revelaba á la primera ojeada el carácter de sus habitantes y también, fuerza es confesarlo, cierto prosaísmo burgués.

Los sillones y las sillas, simétricamente alineados á lo largo de las paredes, estaban cubiertos de fundas blancas y delante de cada uno de ellos había una alfombrilla redonda destinada á resguardar el encerado pavimento. Junto á un canapé, también enfundado, había una mesa de reluciente caoba y sobre ella un jarro de asas doradas lleno de musgo artificial y á uno y otro lado de él álbums de fotografías, un abultado libro lujosamente encuadernado, regalo

de Año nuevo, titulado *La Vida de los Santos ilustrada*, y unos cuantos tomos en rústica que llevaban estos títulos: *Homilias para la Cuaresma*, *Consejos á las almas piadosas para navegar entre los escollos del mundo*, *Los aliados de Satanás (primera parte: la Francmasonería)*.

De las paredes pendían amarillentas estampas litográficas: Jesucristo andando sobre las olas enfrente de un Milagro de la Virgen de la Saleta, un Sagrado Corazón formando juego con una Dolorosa. Junto á la chimenea un medallón de yeso con el busto del Papa puesto sobre un retrato grabado de un misionero de larga barba con una dedicatoria firmada.

Los únicos objetos profanos, aparte del piano, eran dos cuadros al óleo, obra de un artista del país. El uno representaba á Mad. Descordes con vestido negro y sonriente, y el otro á su marido con chaleco blanco y sonriente también. A no ser por estos ejemplares del arte, aquella habitación habría tenido todo el aspecto del locutorio de un convento, cuya atmósfera glacial parecía sentirse allí.

Y sin embargo, Mad. Descordes cuando entró en el salón como un huracán y sin quitarse siquiera el sombrero, se dejó caer en un sillón y exclamó jadeante:

— ¡Por fin lo sé todo! Es lo que yo me figuraba.

— ¿Qué hay? ¿Qué hay?, preguntaron las dos hijas separándose presurosas del piano.

— ¿De qué se trata?, preguntó M. Descordes más sosegado que ellas y levantando los ojos un poco soñolientos por su interesante lectura.

— ¡Vengo de allá! ¡Qué escándalo!.. ¡Qué vergüenza!.. ¿A que no adivináis á quién he encontrado?.. ¡Pues al subprefecto!

— No es posible, exclamó Angélica soltando una carcajada que entonces quedó sin eco.

— Ya lo dije yo, añadió Diosdada poniéndose algo pálida.

— Pero ¿de dónde vienes?, preguntó cándidamente el marido.

— Vengo de casa de esa Charlier. Ya me figuraba yo que había algo... He querido ver y he visto... he visto. ¡Ah! ¡Ese subprefecto! Después de lo que le habíamos dicho...

— Lo cierto es, dijo el buen procurador que no estaba en antecedentes, que dadas las opiniones de Charlier, no está en su salón el puesto de un subprefecto conservador.

— Sí, de política se trata ahora, replicó Mad. Descordes con tono despreciativo. No entiendes una palabra, y sin embargo, hay cosas que no debo decir delante de estas niñas. El subprefecto estaba allí instalado como en su casa, tomando te, ¡te en Cuaresma, con tostadas de pan con manteca!

— ¡Pan con manteca!

— Sí. Y fingía hojear el diccionario de Pablo como si le ayudara en su traducción.

— ¿Y ella?

— ¡Oh! Ella es muy solapada... Tocaba el piano por disimular. Debió sentarse á él al oírme llegar.

— Pero, dijo M. Descordes que continuaba sin entender una palabra, me parece que el subprefecto está en su derecho visitando á Mad. Charlier. También viene aquí.

— ¡Te atreves á comparar! En primer lugar, viene aquí... es decir, venía... porque va escaseando cada vez más sus visitas... Por dos veces no ha querido aceptar cuando le hemos convidado á comer, lo cual no me extraña, pues se avergonzaría de presentarse ante estos ángeles saliendo de donde sale.

— Me parece que vas demasiado lejos, amiga mía, dijo el procurador, cuya inteligencia empezaba por fin á despertarse.

— ¡Cállate, Edmundo! Ocupate de los asuntos de tu despacho y no te metas en los míos.

— ¿Estás segura de que son los tuyos?, preguntó tímidamente Edmundo.

— Sí, míos. ¿Acaso una buena cristiana no tiene el deber de velar, no sólo por su propia salvación, sino también, en cuanto pueda, por la del prójimo? Hace ya mucho tiempo que tenía sospechas de ese culpable galanteo. Pregúntaselo si no á tus hijas.

— Sí, sí, hace mucho tiempo que mamá lo sospechaba.

— ¿No es verdad? Ante todo, yo no me equivoco nunca... ¿Qué significaban los gastos insensatos que esa marquesa hacía en su casa? Esas reformas, esas compras de muebles en las que se come todo el dinero del pobre Charlier...

— Sí, replicó el procurador, se come lo que él no se bebe.

— ¡Bah! Veo que estás de su parte.

— No, no... Debes tener razón... la tienes sin duda... La verdad es que si M. de la Haye buscaba palabras en un diccionario, esta no es la ocupación natural de un subprefecto.

— ¿Y qué han hecho al verte, mamá?

— ¡Ah! ¡Tienen un desparpajo!.. Pues no se han turbado poco ni mucho... M. de la Haye me ha preguntado por vosotras y Mad. Charlier me ha ofrecido una taza de te. Le he contestado en un tono que ha debido comprender: «Ya sabes, prima, que yo observo las reglas de nuestra santa religión y que comer ó beber entre comidas interrumpe el ayuno obligatorio de la Cuaresma.» He recalcado la palabra «obligatorio.» Me quedé luego muy poco rato... estaba sofocada. Me despidieron muy cortésmente, excepto Pablo, que parecía furioso y no me ha dirigido la palabra.

— Pero, observó M. Descordes, si Pablo estaba allí, creo que...

— Estaba... estaba ahora... Pero no debe estar siempre. ¡Pobre criatura! ¡Qué educación! ¡Qué ejemplos!

— Pero ¿supones?..

— Yo lo supongo todo, todo... Por ahora no puedo decir más. Pero ya es tiempo de tomar una determinación, si es que no llegamos demasiado tarde. El primer deber que me incumbe es avisar á Charlier. Mañana por la mañana le veré.

— Haces bien, porque por la noche no suele estar muy sereno. Pero ¿no valdría más?..

— ¿Qué?

— No hacer nada.

— ¡Pobre hombre! Tan apático como siempre... ¡No hacer nada! Si no hubiera nadie más que tú para defender la religión... ¿No ves que se han de salvar dos almas, quizás tres?.. Pues á ese desdichado niño hay que preservarlo de la gangrena... No, no dejaré de cumplir esa misión... Puesto que Dios ha permitido que descubra esos horrores, esto es una señal de que debo realizar esa misión... Sabré desempeñarla.

— Como quieras, hija mía, contestó filosóficamente el procurador reanudando su lectura.

— Vamos, Diosdada, dijo Angélica. Ensayemos otra vez mientras mamá se quita el sombrero. Sólo faltan dos días para la reunión de la cofradía.

Y á los acordes del piano, las voces de los dos ángeles volvieron á entonar el cántico religioso.

X

¡Cuánto trabajo cuesta hacer el bien! ¡Cuántas contrariedades hay que sufrir! ¡Cuántos obstáculos, y de los más imprevistos, surgen, no siendo uno de los menores la ciega terquedad de aquellos mismos á quienes se hace el favor!

Y sin embargo, no hay que desalentarse. La perseverancia es el complemento de la virtud, y merced á ella se adquieren verdaderos méritos.

Mad. Descordes hacía estas reflexiones, amargas y animosas á la vez, á consecuencia de una conversación en la que había procurado inútilmente abrir los ojos á Charlier.

Este, que estaba precisamente de buen humor el día de la entrevista, había empezado por reírse de sus avisos y acabado por encogerse de hombros. Su orgullo no le permitía abrigar la menor sospecha.

— No me dices nada nuevo, le contestó. Los extraordinarios gastos de que me hablas se reducen á cuarenta francos que he dado á Marta y al importe de un brazalete que ha vendido, mediante lo cual arregla un poco la casa, y á mí no me desagrada encontrar mi humilde hogar algo embellecido cuando entro en él. Por lo que hace al subprefecto, he autorizado á Marta para recibirle. A esos nobles les entretiene hablar entre sí. Cada cual tiene su lenguaje, ¿no es verdad?, y de vez en cuando le gusta hablarlo. Es lo mismo que vosotros, que tenéis vuestra charla de iglesia, y nosotros que tenemos la de taberna. Ya debes comprender que un pisaverde como ese no es mozo que deba preocupar á un hombre como yo. Estate, pues, quieta... déjalos tranquilos y á mí también. Ocupate de tus curas... Trabajo te mando si quieres vigilarlos. Y á propósito, tengo noticia de cierta aventura del padre Chavassieux... ¿Quieres que te la cuente?

Mad. Descordes había echado á correr santiguándose.

— Bien mirado, decía para sí, no lucho por salvar el honor de Charlier... Me tiene sin cuidado... Eso es cosa suya... Lucho por caridad para salvar dos almas, y debo continuar.

Tal vez habría debido añadir que la animosidad hacía tiempo alimentada contra aquella «hija de marqués», sobrado audaz para librarse de su dominio, no era extraña á su celo.

A pesar de su seguridad aparente, Charlier vigiló algún tiempo, aunque sólo fuera por verse libre de toda preocupación. Jamás, á ninguna hora, encontró al subprefecto en su casa. Al día siguiente de la vi-

sita de Mad. Descordes, Saviniano empezó á hacer uso de un mes de licencia, y únicamente el cartero que llevaba sus cartas á Marta ó á Pablo, y Francisca que echaba las respuestas al correo y el administrador de la estafeta habrían podido revelar el punto de su residencia. Charlier, enteramente tranquilo, volvió á sus costumbres, diciendo para sí que á su prima la tenían sorbido el seso sus desvarios de santurróna.

Mad. Descordes reconoció que había dado un paso en falso. No se toma una plaza fuerte por asalto al primer ataque, sino que es menester rodearla de líneas de circunvalación, acercarse poco á poco, abrir brecha, y entonces puede tener resultado la arremetida á viva fuerza.

Lo propio que un general que no considera perdida la campaña por un descalabro de vanguardia, Mad. Descordes puso manos á la obra con nuevo ánimo, después de haber hecho arder un grueso cirio por el resultado de sus esfuerzos. Sus dos ángeles tomaron posiciones á su lado en la batalla, distinguiéndose especialmente Diosdada por el ardor de su celo lleno de la amargura de una esperanza frustrada.

Una palabra dicha con oportunidad, una confianza deslizada hábilmente al oído de una persona conocida por su indiscreción, un retruécano acompañado de una sonrisa maliciosa, un silencio estudiado..., no fué menester más para que al cabo de quince días todo Genneville quedara convencido de que el subprefecto era el amante de Mad. Charlier y de que ésta arruinaba á su marido con sus despilfarros en el traje ó en el mueblaje de su casa.

Mad. Valier aseguraba que ya había gastado más de diez mil francos. A Mad. Leautaud le parecía algo exagerada esta cantidad, y según cálculos exactos no pasaba de siete mil y quinientos francos. Mad. Bouchard, la mujer del veterinario, fué la que más pudo ufanarse por el resultado de sus noticias; afirmó que su marido, salido muy temprano, había visto bajar un hombre de la casa por una escala de cuerda, y que aquel hombre no podía ser otro sino M. de la Haye. Mad. Belamy se esforzó por hacer observar que la escala continuaba en mitad del día en el mismo sitio, pues servía á un obrero que estaba retejando la casa; pero ¡indulgencia inútil y casi sospechosa!, quedaba sentado que el subprefecto escalaba todas las noches el balcón de Marta y se marchaba al rayar el alba.

La popularidad es efímera, y la que había acompañado á los comienzos de Saviniano se disipó como el humo. Hacía mucho tiempo que, entregado por completo á su cariño, había descuidado sus visitas, antes objeto de tantas ambiciones. La parienta anunciada no había llegado. Los trajes preparados para el baile se ajaban en los armarios. Los cajones y sombrereras de las señoritas Juglan rebosaban de aprovisionamientos prematuros. Las jóvenes habían retirado sus sonrisas y las madres su benevolencia. Las semillas arrojadas por Mad. Descordes no podían menos de germinar con rapidez en un terreno tan propicio, y su nueva obra de caridad tuvo un resultado tan feliz como no podía esperarlo.

Este movimiento pasó de las mujeres á los hombres, y en los cafés se empezó á charlar de los amores del subprefecto, amores que constituían también el único asunto de conversación del grupo de paseantes de la plaza Mayor.

A algunos les parecía la cosa muy chistosa, y se comunicaban un epigrama anónimo, tan necio como malévolo, que las personas bien informadas atribuían al inspector de primera enseñanza jubilado, hombre gordo y ventripotente cuyo ingenio competía con su prosodia. Decíase que alguien había puesto aquel epigrama en música y que las Srtas. Descordes lo tarareaban al piano entre dos canciones místicas.

Otros más pudibundos, graves funcionarios, y en especial el registrador de hipotecas y el alguacil del juzgado, se lamentaban de que el representante del gobierno perdiera en culpables devaneos el tiempo que hubiera debido consagrar á los asuntos del país.

Cuando Saviniano regresó, después de terminada su licencia, no necesitó gran perspicacia para notar las señales precursoras de una terrible tempestad; pero su única preocupación fué volver á la dulce intimidad en que vivía entre Marta y Pablo, y se apresuró á reanudar sus visitas como antes tan sencillas, tan agradables, tan puras.

Solamente dos veces tuvo que suspenderlas. A la entrada del callejón en cuyo fondo estaba la casa de Marta encontró algunas personas desocupadas y al parecer obstinadas en no moverse de allí, las cuales le saludaron sin que él reparase en sus maliciosas sonrisas, y tuvo que retroceder.

Entonces se abrió la puerta del jardín, y en adelante

Saviniano entró por aquella vía discreta é ignorada.

¡Ignorada! ¿Acaso podía escapar algo al ojo vigilante de Mad. Descordes?

Cansada de vigilar y de hacer vigilar el callejón en el que no se había vuelto á ver á Saviniano, sintió de pronto un celo ardiente por un orfelinato un tanto descuidado y situado precisamente en la callejuela adonde daba el jardín de Marta.

Aquella nueva caridad obtuvo en breve su recompensa. Cierta tarde en que regresaba con sus hijas de hacer una visita á aquel establecimiento, oyó rechinar una llave, abrióse una puerta y aquellas señoras se encontraron frente á frente con Saviniano que salía del jardín, y que, sorprendido, apenas acertó á saludarlas.

XI

Cuando una mosca se posa en la frente, se la espanta distraídamente; pero la paciencia más puesta á prueba no resiste á la tenacidad con que vuelve. Expulsada de un lado, vuelve á otro, siempre, con pertinacia, sin tregua, zumbando sin descanso, implacable en su cosquilleo, y este suplicio continuo acaba por hacer perder los estribos al hombre menos nervioso.

La primera vez que, en uno de sus cafés habituales, un amigo un poco «alumbrado» hizo á Charlier cierta alusión á las asiduidades del subprefecto, se contentó con reír. La segunda vez se enfadó. La tercera se quedó silencioso y turbado.

Los concurrentes á los establecimientos en que pasaba su vida no se distinguían por lo delicado ni variado de sus bromas. Cuando han dado con un filón, lo explotan sin tregua ni descanso, y todos los días recibían á Charlier con las mismas pullas y cuchufletas, seguidas de las mismas risas.

Charlier no se enfadaba al parecer, y aun á veces fingía compartir la hilaridad general ó contestaba con alguna palabra grosera; pero poco á poco iba acumulándose la cólera en su corazón.

Observóse que bebía cada vez más. Tenía la mirada extraviada, le temblaban las manos con movimiento convulsivo, se le enronquecía la voz y su rostro pasaba súbitamente de un color encendido á una palidez mortal. Cuando volvía á su casa, ya no reñía á nadie, sino que quedaba sumido en un silencio profundo, con la mirada fija, como asediado por una sola idea. Apenas acababa de comer, salía andando al azar y maquinalmente, hasta que volvía al café donde las mismas bromas, moscas jamás cansadas, le saludaban á su entrada.

Un médico habría reconocido desde luego que en aquel desgraciado se iba desarrollando el delirio alcohólico.

Una tarde fué á casa de M. Descordes. Toda la familia estaba reunida en el salón. Su llegada sorprendió, pues jamás hacía visitas. Con la mirada vaga y vidriosa, y dando miedo de verle, se detuvo en el umbral de la puerta.

M. Descordes le ofreció una silla.

— No hay que molestarse, dijo con voz seca avanzando con la tiesura de un autómatas hasta el medio del salón y apoyando una mano en la mesa. Poco tiempo necesito para lo que tengo que decir.

Miró fijamente á Mad. Descordes y prosiguió:

— Hace dos meses me dijiste que habías visto á M. de la Haye instalado en el salón de Marta. ¿Qué has deducido de ello?

— Pero... Juan..., vamos..., siéntate y hablaremos.

— Repito que no hay que molestarse. Contéstame.

— Pues he deducido... nada, ¡oh! nada malo... Sólo que en interés tuyo y también en el de Marta, he deducido que sería mejor... Ya sabes que nunca faltan malas lenguas, y á menudo las cosas más inocentes...

— ¡Basta de mistificaciones!... A ese paso no concluirás mañana... En una palabra, has pensado que M. de la Haye era amante de Marta.

— ¡Oh Juan!, exclamó en tono de protesta M. Descordes que se había refugiado detrás de la mesa.

— ¡Por Dios! Delante de estas niñas..., añadió Mad. Descordes.

— ¡Pardiez! Cualquiera diría que acabas de destertarlas... Demasiado les has dicho lo que hay; yo no hago más que aplicar su propio nombre á la cosa... Con que quedamos en que piensas que M. de la Haye es amante de mi mujer.

— ¡No... no!

— Entonces ¿por qué lo has propalado por toda la ciudad?

— ¿Yo? ¡Nunca!

— Tú lo has dicho á tus beatas amigas, las cuales lo han dicho á otras que lo han repetido á su vez... Ahora no se habla de otra cosa en la población...

Marta está deshonrada y yo soy el hazmerreir de la gente... Y esto lo has hecho tú, tú sola, ¿lo entiendes? ¡Oh! Demasiado sé que no lo has dicho así como así, en toda su crudeza. Vosotras encontráis modo de valeros de palabras melosas, almibaradas..., pero llenas de veneno. Pues eso es lo que has hecho. Y ahora óyeme bien, porque tengo que decirte dos cosas. La primera es que te desprecio como la última de las últimas...

— ¡Juan, Juan! — exclamó M. Descordes, incapaz de mayor energía.

— Y á ti también, gallina... Sé que soy muy poca cosa; pero, sábelo prima, vale más mi dedo meñique que tú con todas tus virtudes... Yo no hablo mal de nadie por detrás, lo que tengo que decir lo digo cara á cara y más de una vez lo he probado... La segunda cosa que debo decirte, es que tan cierto como me llamo Charlier y que estoy en todo mi juicio, por más que me creáis borracho, si Marta es culpable, la mataré, y si es inocente te mataré á ti. De todos modos, correrá sangre y tú habrás tenido la culpa. Como no tengo más que decirte, queda con Dios.

Se marchaba dejándolos á todos sumidos en aterrador silencio, cuando Diosdada, saliendo de pronto del rincón donde se había refugiado, se puso delante de él con azoramiento.

— ¡Que tu Marta es inocente!, exclamó. Pues ve esta tarde á las cuatro á la callejuela que hay detrás de tu jardín, y ten cuidado de si ves entrar á M. de la Haye por la puertecilla..., de cuatro á seis..., ¿lo oyes?... con su llave... Entonces conocerás si mamá ha mentado, y si M. de la Haye es ó no amante de tu mujer... y hace ya mucho tiempo.

Charlier, sin contestar, descargó un puñetazo en el jarro de musgo artificial que cayó al suelo hecho pedazos. En seguida salió.

Mad. Descordes, casi orgullosa, admiraba á su hija, mientras el procurador, con la cabeza entre las manos, decía afligido.

— ¡Oh Juan!... ¡Diosdada!... ¡Dios mío! ¡Dios mío!...

Cuando, al levantar la cabeza, se convenció de que Charlier se había marchado, recobró el valor.

— No se puede hacer más que una cosa, dijo. ¡Angélica! ¡Pronto, mi sombrero!

— ¿Adónde vas?

— A casa del subprefecto... á avisarle... y también á los gendarmes. ¡Está loco, está loco!

— No te moverás de aquí, papá, dijo Diosdada en tono de autoridad. Que se arreglen como puedan. Nosotros no tenemos que mezclarnos en ello.

— Pero, ¿no le has oído?

— He oído que si no tiene pruebas matará á mamá; pero como las tendrá tan luego como vea á M. de la Haye entrar como un ladrón por la puertecilla excusada... Entonces, ¡suceda lo que Dios quiera!

— ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué va á suceder?, exclamó el procurador volviendo á sentarse.

Mad. Descordes se asomó al balcón que daba á la plaza Mayor y siguió con la vista á Charlier, quien, después de dar algunos pasos, se detuvo, sacó el reloj, y retrocediendo, se encaminó á la calleja á la que daba su jardín.

La recorrió sin ver á nadie, y ocultándose junto al quicio de la puerta del orfelinato, aguardó inmóvil é invisible.

Dieron las cuatro en el reloj de la iglesia. Aún vibraba el eco de la última campanada, cuando Saviniano asomó por el otro extremo de la calle, y con paso rápido se dirigió á la puerta del jardín, la abrió y desapareció.

Charlier salió entonces muy pálido de su escondite. Marchó hacia la plaza Mayor y entró en el café, donde una tras otra bebió algunas copas de ajeno puro, coñac y ron. Sus amigos le hicieron preguntas á las que no contestó. Con movimiento automático se levantó, dejó cinco francos sobre la mesa y se fué.

— ¡Malo, malo!, dijo uno de los bebedores. No tiene cara de bromas.

— ¿Qué le pasa?

— No me encargaría ahora de ir á darle un pistotón.

— ¿Os parece que le sigamos? No sabemos lo que...

— Sigámosle.

Dos ó tres se levantaron, pero al poco tiempo regresaron riendo.

— ¡Bah! Se dirige tranquilamente á su casa... Dentro de un cuarto de hora estará roncando.

En efecto, Charlier había ido á su casa. Por muy dueño que pareciera de sus movimientos, dió un gran portazo al entrar.

Francisca, asombrada, le vió cruzar el patio, y antes que tuviera tiempo de llegar, corrió al salón en donde Marta, Saviniano y Pablo tomaban te tan tranquilos como de costumbre.

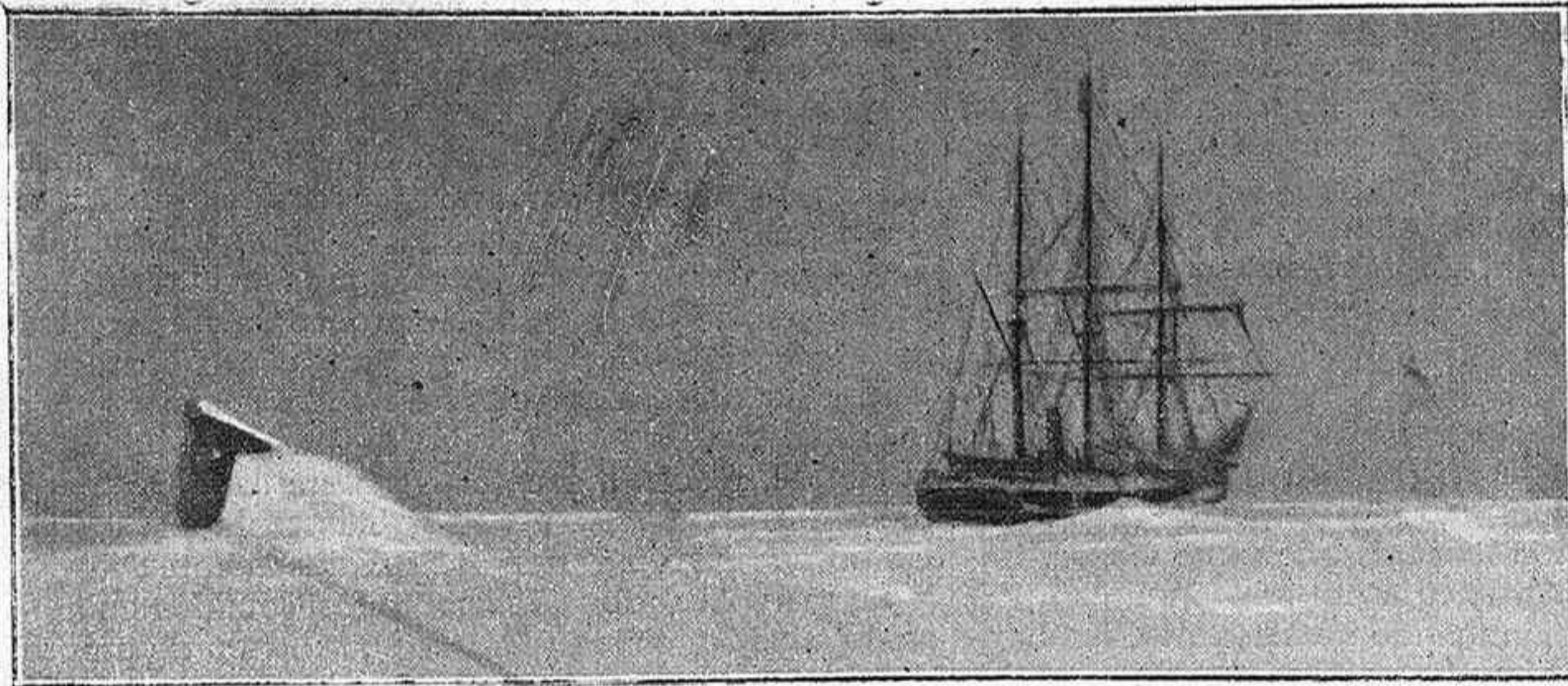
— ¡Señora! ¡Señora! ¡Viene el amo!... ¡y con una cara!...

(Continuará)

EXPEDICIÓN DEL CAPITÁN GERLACHE

AL POLO ANTÁRTICO

En el número 826 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dijimos algo de la expedición belga que bajo la dirección del capitán Gerlache acababa entonces de zarpar de Amberes en dirección al Polo Sur, con objeto de continuar las explo-



El buque *Belgica* en las regiones antárticas, en donde permaneció durante trece meses (de fotografía)

aciones de aquella región, menos conocida aún que la del Polo Norte. Las noticias que entonces publicamos acerca de los expedicionarios, del buque *Belgica* que los conducía y de los planes que tenían trazados, vamos a completarlas hoy con algunos datos de la relación del viaje que ha publicado recientemente el Dr. Federico A. Cook, médico norteamericano que acompañó a los exploradores.

La expedición pasó el estrecho de Magallanes a fines de 1897, y después de haber permanecido algún tiempo en las tierras del Cabo de Hornos, llegó en enero de 1898 al país conocido con los nombres de Palmer Land y de Graham Land, cruzando luego las agitadas aguas del mar situado al Sur de dicho cabo, verificando varios sondeos en las islas de South Shetland y pasando el estrecho de Bransfield, en donde encontraron varios *icebergs*, alguno de ellos tan grande que los exploradores llegaron a creer por un momento que no se trataba de una masa de hielo flotante, sino de una isla cubierta de hielo.

En aquel punto llegaron los expedicionarios a una tierra firme que les privaba de continuar el viaje por mar, y consultados los mejores mapas de aquellas regiones, comprendieron que se aproximaban a una parte del gran continente antártico: toda aquella tierra estaba sepultada bajo una gruesa capa de hielo que sólo dejaba en descubierto algunas rocas de la costa; hacia el Este la tierra estaba evidentemente cortada por algunas anchas fajas de agua que a lo lejos se distinguían; hacia el Oeste la costa parecía más cercana, pero la proximidad de la noche les impidió hacer observaciones exactas. Aquel mismo día desembarcaron en una pequeña isla situada a unas mil cincuenta millas del círculo antártico: estaban entonces en la región de las noches y de los días largos, y la temperatura, a pesar de ser verano, mantenía inferior a cero.

Aquella pequeña isla desolada y deshabitada fué el punto de partida para todas las operaciones de los expedicionarios, quienes, a la mañana siguiente, descubrieron hacia el Sur un ancho canal navegable que posteriores exploraciones les demostraron que era un estrecho que desembocaba en el Pacífico. La tierra situada al Este del estrecho era una región montañosa, de unos dos ó tres mil pies de altura, y la situada al Oeste, de igual carácter, estaba separada del continente por el estrecho citado, en donde descubrieron los expedicionarios un grupo de islas al cual dieron el nombre de archipiélago de Palmer.

La tierra del Este era la continuación de la Graham Land, formando con ésta el mayor territorio antártico, probablemente un continente. Los exploradores recorrieron la costa en una extensión de trescientas millas hasta que una gran masa de hielo les impidió seguir adelante, y dieron a la parte recorrida el nombre de Danco Land, en honor del teniente de este nombre que formaba parte de la expedición, así como el de estrecho de Bélgica al por ellos descubierto. Además descubrieron unas cincuenta islas, a la mayor de las cuales denominaron isla Wencke, nombre de uno de los marineros que les acompañaba y que se ahogó el día antes de que penetraran en aquellas aguas antes desconocidas. A la punta Norte de dicha isla la bautizaron con el nombre de cabo Astrup, en honor del compañero de Peary en la expedición al Polo Norte, y a otras islas con las de Nansen, André, Broocklyn y Van Wyck.

Para explorar las nuevas tierras que se extendían junto al estrecho Bélgica, hicieron veinte desembarcos en varias islas y en los puntos de tierra firme en donde la fuerza del sol había sido suficiente para derretir una parte del hielo: estos desembarcos se realizaron especialmente para hacer observaciones magnéticas, reconocimientos y trabajos geológicos y zoológicos. En uno de ellos dirigieron hacia el interior provistos de tiendas, provisiones, instrumentos y trineos con el propósito de efectuar una ascensión a una elevada montaña para desde allí reconocer mejor las tierras circundantes, y si bien las profundas simas no les permitieron llegar hasta la cúspide, pudieron alcanzar una altura suficiente para dominar las

tierras que ante ellos se extendían. Allí permanecieron una semana, sufriendo por vez primera las inclemencias del Polo Antártico, pero llevando a cabo todos los trabajos que se habían propuesto.

Atravesaron después el estrecho Bélgica y llegaron al término antártico del Océano Pacífico, y siguieron avanzando cuanto pudieron hacia el Sur, hasta alcanzar un punto en donde no lograron pasar y en donde permanecieron trece meses. Sitiados y desamparados, vieron transcurrir un verano de nieves, un invierno de hielos y un segundo verano, sucediéndose los meses de día a los meses de noche: «La vida humana en tan extrañas condiciones, en una región de nieves eternas — dice el Dr. Cook, — se aparta de todo cuanto imaginarse pueda; no hay pluma capaz de describirla, es un sueño de otro mundo.»

Esto no obstante, los expedicionarios no se aburrían durante aquel quietismo forzado, porque los trabajos que se habían impuesto eran bastantes para distraerlos: hacían de hora en hora observaciones meteorológicas; estudiaban y coleccionaban ejemplares zoológicos; verificaban observaciones magnéticas y náuticas; practicaban sondeos en el mar al través de una grieta del hielo, estudiaban las temperaturas del Océano a distintas profundidades y recogían productos de la fauna y de la flora oceánicas. Estos trabajos, unidos a la fotografía, al trazado de mapas, a la consignación en un diario de las notas interesantes, eran las principales ocupaciones y distracciones de los oficiales y de los hombres de ciencia que les acompañaban. Los marineros, en tanto, dedicábanse a la caza para proporcionar carne fresca, recogiendo bloques de hielo para obtener agua dulce y cubriendo el buque *Belgica* de nieve para evitar que se escapara el poco calor que en éste se generaba.

Las temperaturas que sufrieron los expedicionarios en aquellas regiones fueron: la máxima, de un grado y medio sobre cero; y la mínima, de 43° bajo cero, prefiriendo aquéllos los días más fríos, porque eran claros, a los más templados, que eran tristes y oscuros e iban generalmente acompañados de violentos huracanes.

Al cabo de trece meses pudieron los expedicionarios abandonar aquellos lugares, y después de algún tiempo regresaron a Europa con la satisfacción de haber visto tierras y mares antes por nadie contemplados y de haber dado, por consiguiente, un paso más en la exploración del Polo Sur. — X.

**

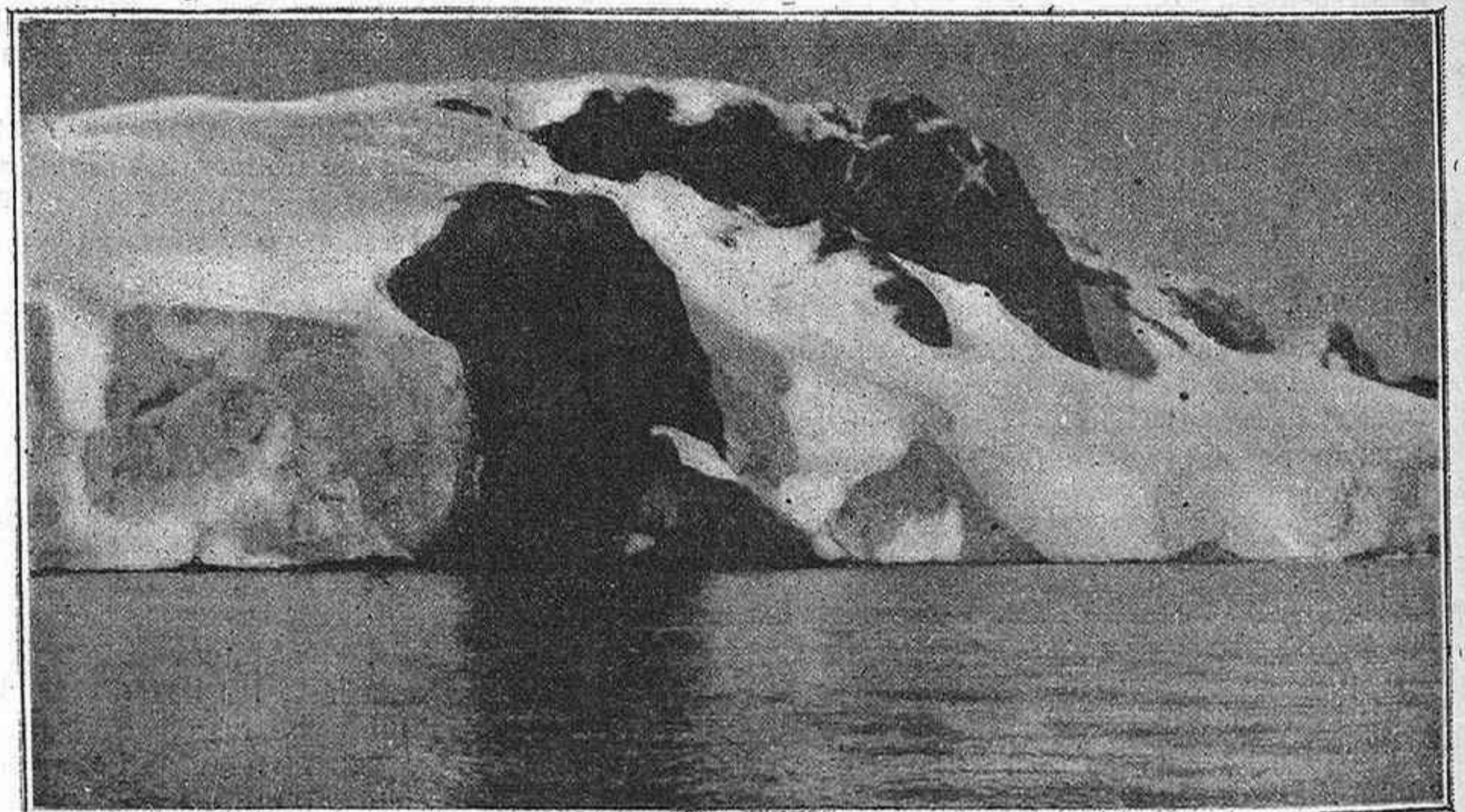
LOS PÁJAROS COLECCIONADORES

La manía de las colecciones, tan generalizada en la especie humana, es rara entre los animales y sólo la encontramos perfectamente marcada en las aves. Bajo este concepto, es bien conocido el caso de la urraca y está en la memoria de todos la historia de la urraca ladrona de Palaiseau.

El *Anomalocorax splendens* es una especie de cuervo que se encuentra en abundancia en la India y que en las grandes ciudades corre por todas partes, como en las nuestras corre el travieso gorrión. Ese pájaro, lo mismo que la urraca, es un ladrón consumado, pues no sólo roba las materias que constituyen su alimentación, sino que además lleva a su nido una colección de objetos que para nada le sirven. Un autor inglés, Jerdon, refiere que cerca de cada aldea y aun de cada casa se ven numerosos *anomalocorax* en espera de una ocasión favorable para robar: nada hay seguro en donde están ellos, y si junto a una ventana abierta se dejan el contenido de un saquito de labores, los guantes y los pañuelos, todos estos objetos desaparecen instantáneamente. Los *anomalocorax* abren los paquetes, aun los que están atados, para ver lo que contienen, y Tennent asegura que para llevar a cabo sus rapiñas arrancan hasta los clavos. En cierta ocasión estaban varias personas reunidas en un jardín, y vieron caer del cielo un cuchillo ensangrentado; el misterio quedó explicado cuando se supo que un *anomalocorax* había estado espiando al cocinero de la casa y le había robado el cuchillo.



El capitán Leconte haciendo observaciones magnéticas (de fotografía)



El cabo Astrup, entrada meridional del nuevo estrecho, a unos 2.000 pies de altura

Los *Ptilonorhincos* son más eclécticos en sus gustos, y los objetos de que se apoderan están destinados a decorar la entrada y el interior de sus curiosos nidos de recreo. Gould refiere que esos pájaros amontonan en ellos todos los objetos de color brillante que pueden coger, tales como plumas de la cola de diver-

sos loros, conchas, piedrecitas, huesos, etc. Algunas plumas están entrelazadas con el armazón del nido, otras aparecen mezcladas con huesos y conchas y están puestas en la entrada. La inclinación natural de estos pájaros á apoderarse de cuanto encuentran es tan conocida por los naturales del país, que cuando echan de menos algún objeto pequeño, como una pipa ó un amuleto, échanse á buscar nidos de ptilonorhincos en la casi seguridad de encontrarlos en alguno de ellos. Gould ha encontrado á la entrada de un nido una bonita piedra de tomahawk, de una pulgada y media de alto, muy delicadamente trabajada y puesta entre retazos de algodón azul que los pájaros habían recogido seguramente en un antiguo campamento de indígenas.

El mismo autor nos da también interesantes detalles acerca de otro pájaro coleccionador, el *Clamido-*

ro manchado que, como el anterior, se construye nidos de recreo. En el centro de cada uno de éstos y en la entrada del pórtico álzase una inmensa colección de materiales de toda clase que sirven para decorar el nido: conchas, guijarros, plumas, huesos de pequeños mamíferos, etc. Esas conchas y esos guijarros sólo pueden hallarlos estos pequeños arquitectos en las orillas de las corrientes de agua; teniendo, pues, en cuenta que á menudo sus construcciones están situadas á gran distancia de los ríos, se comprenderán el trabajo y los esfuerzos que tienen que realizar aquellos pájaros para proporcionarse sus colecciones.

Como los clamideros se alimentan casi exclusivamente de granos y de frutos, es evidente que las conchas y los huesos sólo pueden haber sido recogidos para decorar sus nidos, con la particularidad de que

sólo se apoderan de los perfectamente blanqueados por el tiempo.

Como se ve, las dos especies precedentes prefieren los objetos de origen animal; pero para que haya todos los gustos, la naturaleza ha creado el *Amblyornis de Nueva Guinea*, que colecciona objetos de origen vegetal.

Delante de la puertecita de su *home* forma un hermoso césped con musgo cuidadosamente recogido y que va á buscar á cierta distancia, desembarazándolo con su pico de todo cuerpo extraño. Sobre esa alfombra de verdura siembra el pájaro frutos morados de *Garcinia* y flores de *Vaccinium* que coge en las inmediaciones y que cuida de renovar en cuanto se marchitan, por lo cual bien merece el nombre de *pájaro jardinero* que le dan los cazadores malayos. — H. C.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL DE LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 Disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALDESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de PRIMERA DENTICION
 EXIJE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ACRITUD DE LA SANGRE
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.
 EL MISMO AL YODURO DE POTASIO TRATAMIENTO Complementario del ASMA
 Soberano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis.
 y en todas las Farmacias del extranjero.

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con PEPTONA
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf Y EN TODAS FARMACIAS.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Drogotina y Grageas de DROGOTINA BONJEAN HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
 L. MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^{an} Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
 VINO. de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FA. BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ia}, Pcos. 102, R. Richelieu, Paris.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del pecho y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTATICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.



TOLEDO. - POSADA EN DONDE CERVANTES ESCRIBIÓ «LA ILUSTRE FREGONA» (de fotografía de Garzón, de Granada)

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.**
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente volver á empezar cuantas veces sea necesario.

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. **DETHAN**, Farmaceutico en **PARIS**

ENFERMEDADES ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con **BISMUTHO y MAGNESIA**
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD**. Adh. **DETHAN**, Farmaceutico en **PARIS**

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE**. **DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Roussseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN